
LA DIOSA DE VENUSIO
JOE BENNETT
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



JOE BENNETT

LA DIOSA DE VENUSIO

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

PRINTED IN SPAIN
Dep. legal V. 22 - 1960
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA
Núm. Rgtro. : 4.555 - 1959



La teleportación es una ciencia abstracta.

Una de esas ciencias indefinibles y no demostradas. Los asiduos lectores de literatura fantástica, que tanto gustan de saborear aventuras de la mente y del espacio, habrán oído más de una vez el nombre.

Consiste, a grandes rasgos y sin entrar en descripciones científicas, en un poder mental que permite trasladar a los seres vivientes de un lugar a otro. Con la teleportación no existen distancias ni obstáculos físicos. Incluso pueden realizarse hazañas insuperables, jamás alcanzar das por cualquier otro invento.

La novela que hoy presentamos al público de habla española es un ejemplo vivo de teleportación aplicada.

En ella, no solo la mente, sino un medio electromecánico, es el causante de la teleportación a través del espacio-tiempo, esa cuarta dimensión tan discutida y venerada por los sabios mundiales.

Su autor, JOE BENNETT, resulta lo suficientemente conocido en la especialidad como para no necesitar presentación. Por ello, no dudamos en asegurar que LA DIOSA DE VENUSIO complacerá ampliamente a los amantes del género que con tanta agudeza practica el citado novelista.

Tal vez sea éste uno de los pocos relatos asombrosamente vanguardistas y audaces que se han publicado en nuestro país. Hemos creído oportuno preparar el terreno antes de que el lector se adentre en los abismos de la desbordante fantasía que imprime sello personalísimo a las producciones de JOE BENNETT.

Se trata, pues, de una revolucionaria y excitante novedad temática. Léala usted sin prisa, con mente despejada, gozando del deleite embriagador que siempre proporciona un buen trabajo sobre «ciencia-ficción».

Las producciones de este tipo han tenido excelente acogida en Norteamérica -país cuna de la «science-fiction»-, en Inglaterra y en Francia. Esperamos que el lector sepa aquilatar el esfuerzo que hoy realizamos para valorar su Colección con un volumen como el presente. Gracias.

EL EDITOR.

CAPÍTULO I
ALGO CAYÓ DEL CIELO

Dicen que era un platillo volante. Realmente, nadie pondría las manos en el fuego en este sentido.

Ni siquiera dio tiempo a disparar los «flash» periodísticos para conservar una fotografía de recuerdo. Ocurrió todo de forma cegadora y fulmínea.

Un vértigo que duró solo lo justo para que Russ Caldwell, el granjero, lo viese llamear en el cielo, diera la voz de alarma y se armasen las ulteriores tremolinas de comentarios fantásticos.

El tal Russ Caldwell poseía una pequeña granja de labor cerca de Deadwood, en South Dakota. Cuando vio la «llama» que cruzaba el cielo -así la designó en la comisaría- iba hacia la ciudad para renovar su provisión de semillas.

Viajaba en un brincante «jeep» de tipo rural, a buena velocidad porque la carretera se hallaba desierta. El resplandor le cegó, destellando sobre el espejo retrovisor.

Aquel anormal fenómeno luminoso en pleno día, le produjo tanta impresión que no vaciló en frenar. Los neumáticos dieron un chirrido y el coche cabeceó, encabritándose igual que un potro cerril.

Entonces, saltando a tierra, hizo pantalla con las manos y se volvió a mirar a lo lejos. Lo que contempló le dejó boquiabierto y estupefacto. ¡No podía salir de su asombro!

-¡Era una «llama», capitán! ¡Una «llama» de fuego que descendió por el azul del cielo y fue a estrellarse detrás de las Black Hills! -repitió de nuevo, exaltándose-. ¡También vi las chispas que subían hasta lo alto de los picachos!

-Bien, Caldwell -convino el capitán Terry, de la Brigada Metropolitana de Deadwood-. Era una llama. No voy a discutírselo... a pesar de que también los borrachos ven elefantes rosa y jirafas de tres cabezas.

-¡Yo no estoy borracho! -se defendió el granjero.

-Entonces, seré yo quien lo está -sonrió Terry con flema-. De todas formas, iremos a echar un vistazo... siempre y cuando formule la denuncia en regla. No voy a espolear a la Patrulla Móvil por el simple hecho de que a usted se le ocurra confundir un gorrión con la brasa de un cigarrillo animado de vida.

-Usted no cree lo que digo, capitán. ¡Se arrepentirá! ¿Quién le dice que no se trata de una astronave enemiga? ¿Nunca oyó hablar de los platillos volantes?

-Seguro. Pero es la primera vez que alguien jura haber visto un platillo volante... provisto de brasero exterior.

-Oiga...

-Bueno, Caldwell. Firme este impreso. Ya lo rellenaremos después.

Desde luego, el capitán Terry no creyó ni media palabra de lo que Russ Caldwell había ido a declarar a la comisaría.

Hasta lamentó que hubiese elegido la suya habiendo tantas otras en la ciudad. Pero la obligación era su inflexible credo de conducta y, una vez firmada la hoja, dio las órdenes pertinentes para que se abriese la investigación ocular.

La investigación empezó a ritmo de sirena policial, devorando kilómetros por la ancha carretera federal a más de cien por hora. Dos agentes uniformados jineteando como centellas sus velocísimas «Harley Davidson», abrían la marcha pidiendo paso libre con el agudo gemido y, pisándoles los talones, iba un potente automóvil de la Radio Patrol en el que bailaban policías armados, el capitán Terry y Russ Caldwell.

Las dos flechas rodantes y el bólido dejaron atrás Lead sin dar reposo al acelerador y enfilaron el camino de las Black Hills íntimamente convencidos de que la loca carrera iba a ser infructuosa.

Lo cómico -y lo trágico- fue que allí, efectivamente, habíase posado un aplanado y circular artefacto al que bien podían designar como platillo volante.

Se detuvieron a la entrada del valle inundado de sol y reverberaciones cegadoras. Los motoristas descabalgaron y dejaron plantadas las motocicletas. El coche quedó frenado en plena pendiente y sus ocupantes, al frente de los cuales corría Caldwell, lo abandonaron precipitadamente.

Por primera vez, el capitán Terry lamentó su incredulidad y pensó que en aquella monstruosa nave de gigantescas dimensiones podía alojarse todo un ejército completo de marcianos.

-¿No lo dije? -chilló Russ con aire triunfal-. ¡Ahí lo tienen, reluciendo al sol! ¡Es un platillo volante sin señales de aberturas! ¡Sólo puede proceder de «otro mundo»...!

-¡Cállese, Caldwell! -ordenó Terry ásperamente-. Nos aproximaremos con precaución. Sacad las armas, muchachos... por si llega el caso -se volvió al conductor del coche-. Llama por radio a la Central de Lead y pídeles que envíen refuerzos. No sé si habrá gresca, pero si la hay, somos demasiado pocos.

-Sí, capitán.

-Vamos -agregó Terry, desnudando su propia automática-. Sean quienes sean sus ocupantes, asomarán la nariz cuando les conminemos a dar la cara.

Sin duda, el capitán Terry había leído muy pocas novelas de «science-fiction». Russ Caldwell, por contra, era un entusiasta devorador de relatos fantásticos en los que la Tierra, generalmente, padecía toda suerte de

invasiones interplanetarias v agonizaba en constantes superguerras contra enemigos llegados de las más remotas galaxias.

Ni el uno, con su escepticismo, ni el otro, con sus elucubraciones mentales, iban a dar en el blanco. Pero, puestos a aquilatar los valores de aproximación, correspondía al granjero el mérito de acercarse más a la verdad...

Terry y sus hombres se adentraron en el valle con extraordinaria prudencia. La inquietud hacia lo desconocido y morboso íbales corroyendo el ánimo. El platillo volante -puestos a designarle de esta forma- habíase asentado en medio del llano, ocupando el centro del mismo.

Sus dimensiones eran tan fabulosas que casi lo ocupaban por entero. A ojo de buen cubero, el capitán calculó que debía tener unos doscientos metros de diámetro. Resultaba inmenso. Un círculo plateado y reluciente, plano, dotado de una lisura exasperante.

Un silencio claustral presidía la emotiva operación de descubierta. El grupito avanzaba resueltamente, haciendo de tripas corazón. El sudor perlaba todas las frentes y comunicaba fría humedad a, las manos que esgrimían pistolas y fusiles ametralladores. El más nervioso parecía ser Russ Caldwell Al amparo de unas rocas grises, de bordes mellados por la erosión de siglos, la comitiva se detuvo.

-¿Qué... qué vamos a hacer, capitán? -silabeó el granjero.

-Llamar la atención de los tripulantes de esa nave... ¡O lo que sea! ¡Demonios, Caldwell! No sé si lo veo o estoy soñando fantasías. ¡Es lo más extraordinario e inconcebible que presencié jamás!

-¿Por qué no esperamos a que lleguen los refuerzos de Lead?

-¡No diga tonterías! ¿Quiere usted que se entere toda la nación de que el capitán Terry es un cobarde? Es posible que ese disco metálico haya caído de otro planeta... o que, simplemente, se trate de algún ingenio volante fabricado por nosotros, por los rusos o por los chinos. ¡Al cuerno! Lo que sí puedo asegurarle es que yo no deseo correr el ridículo de convertirme en la comidilla del país. Ahora mismo saldremos de dudas.

Terry cruzó una mirada con sus hombres. Los dos motoristas, un par de agentes de paisano, Caldwell y él. Seis personas en total. No era gran cosa, desde luego. Pero sabía que podía confiar en ellos. Poseían armamento y coraje suficiente para hacer frente al triple de enemigos con probabilidades a favor. No lo pensó más. Aquel escabroso asunto, si se le daba muchas vueltas, acabaría siendo intrincadamente insoluble. Adelante, pues.

-Dispara unas ráfagas. Treland -autorizó-. Si no son sordos, comprenderán que aquí afuera hay gente decidida a todo.

Russ Caldwell se estremeció. ¡Aquello era mucho más excitante que cualquier relato literario! ¡Lo estaba viviendo! Su nombre saldría en las primeras páginas de los periódicos mundiales y le llovería el dinero a

manos llenas. Él y su familia iban a pasar, desde el más humilde anonimato, a la mayor celebridad.

Treland, mientras tanto, accionó el cerrojo de la «Thompson» y se echó la culata al hombro.

Apuntó al cielo, a las nubes blancas sobre el fondo azul. Cuando oprimió el gatillo, un lengüeteo rápido de culebrinas de fuego punteó el violento tabletear del fusil ametrallador. El valle repitió los ecos de la múltiple descarga y éstos se multiplicaron al chocar con las paredes de las Black Hills.

Nada. Silencio. Una quietud de tumba.

Terry y sus hombres esperaron cinco larguísimos minutos conteniendo la respiración y los impulsos de prorrumpir en insultos soeces. El platillo, abrumando por su magnitud, los fascinaba.

-Vamos -decidió el capitán-. Abrid los ojos. Usted, Caldwell, es mejor que se quede a cubierto.

-Pre... preferiría acompañarles.

-Como quiera. Colóquese detrás de mí y si se produce la menor señal alarmante... ¡échese al suelo rápido!

-Sí, señor.

-Vamos -repitió, dando el ejemplo-. A lo mejor, se deciden al vernos. Juraría que esa tortilla de aluminio y acero es tan inofensiva como las de huevos y cebolla.

Inofensiva. Esto fue lo que dijo el capitán Terry, de la Policía Metropolitana de Deadwood. Abiertos en abanico, pisando con pies ingrávidos dada la tensión que los dominaba, la media docena de hombres dejó atrás el parapeto de las rocas y anduvo zigzagueando hacia el llano y el cegador platillo.

Entonces, sin más aviso y de un modo relampagueante, se produjo la catástrofe.

Un surtidor de fuego líquido, un salpicón dantesco que pareció surgir de las entrañas de la tierra, ascendió inconteniblemente hacia el cielo desde el centro mismo del disco volador. En el acto, horrísona, una explosión indescriptible sacudió el valle hasta sus confines y envió una violentísima onda expansiva que azotó medio Estado de Dakota del Sur.

Inofensivo. Esto fue lo que aseguró Terry. «Inofensivo».

La desolación más completa arrasó un radio de cien kilómetros a la redonda, alisando la superficie como la palma de la mano. El valle sería a partir de entonces un boquete, un cráter dilatado y humeante.

Una buena parte de las Black Hills se desmoronaron entre terroríficos aludes de piedra, levantando la polvareda más densa que se recuerda en Norteamérica. En Lead, multitud de edificios se derrumbaron cual castillos de arena, grietas inmensas abrieron las calles principales y las tuberías del

gas común, agua y servicios de luz quedaron destrozadas.

Todos los vehículos que funcionaban por las carreteras y caminos próximos fueron borrados de la faz del mundo y sus retorcidos restos aparecieron a cientos de kilómetros de distancia, en los bosques del Parque Nacional de Wind Cave o cerca de las depresiones del Missouri.

Una humareda espesa, escalofriante, presidió el área afectada y elevóse hasta obscurecer el sol, formando una columna negra rematada por una sombrilla de hongo, lo mismo que ocurre tras el disparo de una bomba nuclear.

En Deadwood, Belle Fourche y Rapid City no quedó ni un cristal sano en las ventanas de las casas. Infinidad de objetos volaron a gran altura y descendieron después, atraídos por la gravedad terrestre, cayendo en los más inverosímiles y distantes lugares. En Pierre, la capital del Estado, los sismógrafos del observatorio registraron seísmos de un orden e intensidad nunca alcanzados.

De los cinco hombres y el capitán Terry nada volvió a saberse. Las motocicletas y el automóvil, así como el policía encargado de radiar el mensaje a Lead, se esfumaron sin dejar huellas. El impreso que Caldwell firmó se conserva en la comisaría en plan de documento histórico.

Nunca pudo averiguarse si la hecatombe fue producida por un platillo volante al desintegrarse en pedazos o -como afirmaron las comisiones investigadoras de científicos- la causa del mal la produjo un meteorito errante al estrellarse contra la superficie de nuestro planeta.

Lo cierto, lo apabullantemente cierto, es que «algo» cayó del cielo y causó víctimas, desastres y horrores.

Así empezó la historia que para Ready Porter, el periodista, acabó dándole infinitos dolores de cabeza. Pero aún no ha llegado el momento de hablar de Ready Porter.

Antes hay que hacer constar la sorprendente aparición de la estatuilla dorada. Sigamos con la historia y presentemos cada cosa en su debido orden. Es mejor para todos, ¿verdad?

CAPÍTULO II
LA ESTATUILLA

La encontró un hombre llamado Ash Tracy. Bueno... realmente, no la encontró. Lo que sucedió es que prácticamente se la «arrojaron encima» y él salió a averiguar si es que ahora llovían objetos cincelados desde las nubes.

Ash Tracy trabajaba en calidad de repartidor para la «Compañía Láctea de Sturgis», una sociedad lechera con sucursales en casi toda la parte Oeste de South Dakota. Precisamente, se ocupaba de su cometido cuando aconteció el hecho.

Debían ser alrededor de las cinco de la mañana. La hora exacta poco importa. Tracy conducía su furgoneta de reparto por las silenciosas y desiertas calles de Sturgis, deteniéndose en los lugares señalados en su hoja de ruta para depositar las botellas en el portal de cada domicilio.

Sin duda, pensaba en lo cómica que su padre consideraría la profesión, en el caso de que todavía viviese. Siempre deseó que fuese marino, submarinista concretamente. Ash rompió la tradición familiar y prefirió la leche a un periscopio automático. Cosas del destino.

En el cruce de 14th Street, puso el cambio en punto muerto, frenó suavemente y se detuvo delante de la penúltima casa. Descendió del coche, dio la vuelta para abrir las puertas de la trasera y tiró del primer cajón que sobresalía.

Entonces, igual que un pedrusco llovido del cielo, el objeto brillante resonó contra el «capot», rebotó en el suelo y quedó inmóvil, destellando la luz del alumbrado público, a medio metro de distancia sobre la acera.

-¡Caracoles! -rezongó, mirando hacia lo alto-. ¡Vaya regalito! Si me da en la cabeza, hoy se quedan sin leche la mitad de los clientes. Y ya no lo cuento...

La curiosidad es innata en el ser humano. Y Ash Tracy, a fuer de humano, era curioso. Después de asegurarse de que no llegaban más peligros de las alturas, anduvo hasta el lugar donde reposaba el objeto.

Resultaba bastante raro que estuviese allí. Dado lo temprano de la hora, podía descartarse, lógicamente, que algún chiquillo lo hubiese arrojado por la ventana. Además, no se escuchó el menor ruido. «Aquello» vino directamente de las nubes.

-Debe ser una de las muchas cosas que el meteorito de las Black Hills desperdigó al estallar.

Hízose esta reflexión de modo instintivo, acaso porque el recuerdo de la catástrofe se hallaba aún vivo en su subconsciente. Lo examinó con detenimiento antes de atreverse a tocarlo con los dedos.

Era una figurilla moldeada en metal dorado. Representaba a una mujer

desnuda, bien formada, de líneas finas. Tenía ambos brazos en alto; pero uno de ellos estaba torcido y deteriorado por la caída.

Lo que más pronto llamó su atención fueron los ojos. ¡Qué ojos tan extraños y fosforescentes! Entonces comprendió, no sin asombro, que la luz y el brillo lo proporcionaban las piedras verdes. Algo así como diminutas esmeraldas. ¿Serían piedras preciosas?

Como buen humano -he aquí otro distintivo anímico- Tracy sintió desatarse su codicia. Ello le impulsó a alargar las manos y apoderarse de la estatuilla con avidez.

Pesaba bastante. El descubrimiento de su peso hizo que pronto se encariñase con una idea rebosante de atractivos. ¿Y si fuera de oro macizo? ¡Oro y esmeraldas! ¡Valdría una fortuna!

Ash Tracy dejó el cajón de botellas en el sitio habitual, volvió al coche y se alejó de allí para seguir el itinerario de servicio. La estatuilla había pasado al bolsillo de su blanca chaqueta de uniforme. La consideraba un regalo de la fortuna y trataría de sacar el mayor provecho posible.

No estuvo tranquilo hasta dar por finalizado el reparto. La armónica figurilla de oro y piedras preciosas le quemaba en el bolsillo cual brasa ardiente. Temía que de un momento a otro alguien llegase corriendo y le gritase:

-¡Devuélvamela, Tracy! ¡Es mía y vale miles de dólares!

Nadie, sin embargo, molestóse en reclamarla. Cuando hizo entrega del vehículo y de los cascos vacíos recogidos en el recorrido domiciliario, Ash Tracy cambió el uniforme por sus ropas de calle, fichó en el registro la hora de salida y se despidió hasta la noche de la «Compañía Láctea de Sturgis».

Una vez en la calle, en plena ciudad agitada por la vida y el movimiento urbano, decidió empezar la explotación del hallazgo. Entró en la primera joyería que le salió al paso. Un amable dependiente se colocó tras el mostrador. Tracy le explicó en pocas palabras lo que quería.

-Nosotros no compramos esta clase de objetos, señor -contestó-. Le aconsejo que se dirija a una casa de empeños.

-Perdone -dijo el lechero ruborizándose-. Es un recuerdo de familia..., pero la necesidad obliga a estas cosas.

-Lo comprendo.

-¿Qué... qué cree usted que puede valer?

-Hummm... -meditó el empleado-. No mucho. El trabajo de cincel es bueno; pero el material lo deprecia bastante. Además, está algo deteriorada.

-¿El material? -se extrañó Tracy-. ¡Si es oro puro y piedras preciosas!

-¿Quién le ha embaucado de semejante manera? ¡Oh, no, señor! Este objeto no tiene de oro ni siquiera un baño.

-Pe... pero... ¿Y las esmeraldas?

-Disculpe. No son esmeraldas -el empleado puso cara de persona poco

amiga de dejarse tomar el pelo-. A usted le han engañado... o trata de burlarse de mí. Si no tiene nada que comprar, le suplico que abandone la tienda. No estamos para perder el tiempo.

Ash Tracy abandonó la joyería con el ceño fruncido y el rostro marchito por la desilusión. ¡Menudo fracaso! Seguramente, por eso la tiraron a la calle. Una estatuilla sin valor. ¿Y por ella sufrió padecimientos imaginando que iban a arrebatársela?

Tentado estuvo de dejarla caer en cualquier papelera pública. Si no lo hizo fue por dos razones esenciales. Primera: Se había encariñado con ella. Segunda: Aún no desesperaba de obtener alguna cantidad.

Recorrió tres o cuatro joyerías más. En todas ellas, con términos parecidos, le dijeron aproximadamente lo mismo. Al fin, cansado de andar sin conseguir nada fructífero, se detuvo ante una planta baja de escaparates atiborrados por los más heterogéneos artículos, en cuya fachada, arriba de la puerta, brillaban apagadamente las cinco bolas doradas que le servían de familiar tarjeta de identidad[1].

Era la tienda de Ben Kingman, hombre honrado y justo, muy conocido en el barrio y al que se le apreciaba.

El propio Ben, un vejete de ojos picaros que chispeaban tras las gafas de montura metálica, se hallaba ordenando las diversas piezas de un despertador desmontado. Lo miró por arriba de los cristales y, al reconocerle, sonrió.

-¿Qué te trae por aquí, Ash?

-Hola, señor Kingman -sin más ceremonias, con esa libertad que otorga la familiaridad, depositó la figurilla sobre el mostrador-. Esto -añadió-. ¿Qué puede darme por ello?

-A ver... -murmuró el experto anticuario, olvidándose del desparramado despertador-. ¿De dónde lo sacaste, muchacho? Tiene una buena contusión en el brazo, ¿eh?

-Es un objeto antiguo... de mucho valor para mí. Necesito dinero y pensé que usted...

Ben Kingman examinó la figurilla con ojo crítico. La sopesó. Pasó las yemas de los dedos por la superficie y la miró desde distintos ángulos. No sería fácil engañarle.

-Supongo que el valor que le adjudicas es sentimental -contestó-. Y respecto a su antigüedad, hay bastante que hablar en ese sentido. No hará más de cuatro o cinco años que fue cincelada. El trabajo no es malo; pero no puede ni remotamente compararse con el de los grandes maestros de hace varios siglos. ¿De dónde la has sacado?

Ash Tracy eludió la enojosa pregunta con un encogimiento de hombros. En su lugar, contestó con otra interrogación:

-¿Y del oro? ¿Qué me dice del oro, señor Kingman?

El viejo volvió a mirarle por arriba de los cristales. Su cara rugosa era un estudio de ironía y comicidad.

-¿A qué oro te refieres? -inquirió-. ¿Llevas un lingote en el bolsillo? Bien. Sácalo.

-Al material...

-Oye, chico -Kingman movió la cabeza dudosamente-. No me tomes por tonto, ¿eh? La han fabricado con simple metal amarillo. Un metal cualquiera, ¿comprendes? Ignoro el nombre exacto, porque no es frecuente. Por supuesto, no se trata de un metal puro. Me inclino a creer que fundieron una aleación especial, para darle dureza, peso y ese brillo dorado. Claro, que solo engañarían a un ignorante si pretendían hacerlo pasar por oro. Una figurilla de este tamaño pesaría de ochocientos a novecientos gramos... y ésta no creo que exceda de los trescientos. Respecto a las piedras -añadió, anticipándose al alegato de Tracy-. Vidrios comunes tratados con carbono y colorante verde. Química pura. Podría darte por todo, teniendo en cuenta la amistad... un par de dólares. Y deberé componerle el brazo si quiero que algún coleccionista chiflado se encapriche de ella. ¿Te conviene?

-Dos dólares... -musitó Ash-. Pero si eso... ¡Eso es una miseria!

-Justo. Lo mismo que la estatuilla. ¿Por qué no me dices dónde la encontraste?

-¿Serviría para aumentar su valor?

-Tal vez -Kingman la dejó plantada-. En realidad, no me interesa comprar esta clase de objetos, ¿sabes? Pasan años antes de que logre deshacerme de ellos y...

-Se lo voy a contar, señor Kingman. Yo creo que la envió por los aires la explosión del meteorito...

El repartidor explicó a Ben Kingman la forma verdaderamente curiosa que determinó su posesión. Al terminar, Kingman puso cara de no estar muy convencido, aunque mostróse dispuesto a aceptar el relato con gran benevolencia por su parte.

Como persona entendida en el negocio y «rata vieja» del oficio, había escuchado las más peregrinas historias con las que sus clientes pretendían valorizar artículos de empeño ciertamente carentes de valor.

-Quizá el estallido la hizo saltar de alguna repisa de chimenea -admitió-. Por eso llegó volando hasta aquí. Dicen que en Deadwood, Lerd y Rapid City padecieron los efectos de la colisión con bastante potencia.

-Eso debe ser, señor Kingman. Entonces...

-Ya lo sabes. Dos dólares... y por tratarse de ti. Verás, muchacho. En el repaso voy a gastar casi un dólar. Los impuestos, el tiempo que tardará en amortizarse el capital y la saliva que gastaré para colocársela a algún despistado, no dejarán mucho margen de beneficios. Puede que dentro de

un año consiga obtener una ganancia de... cuarenta o cincuenta centavos. Si no te conviene... -terminó el anticuario, empujándola hacia Tracy.

-Bueno, yo... -Ash resolvió las dudas de un cabezazo-. ¡Hecho! Déme los dos billetes. Algo es algo.

Así pasó la estatuilla dorada a manos de Ben Kingman, por un precio irrisorio y estúpido.

Si alguien en la Tierra hubiese llegado a imaginar el inmenso valor de aquel objeto llegado a través del tiempo y la distancia, las mayores fortunas del mundo se habrían disputado su posesión a brazo partido. Porque, sinceramente, la figurilla valía el doble de su peso en diamantes de Kimberley. O quizá más. Algo incalculable... e insospechado.

Pero la historia no terminaba ahí. El viejo Kingman tenía una hija. Su hija se llamaba Melinda. Casi siempre estaba en la trastienda del establecimiento, donde el anticuario había instalado el taller de composturas y la vivienda.

Al poco de salir Ash Tracy, la estatuilla fue examinada por Melinda. Y la muchacha, con ojo clínico, descubrió «cosas»... Cosas interesantes. Por eso se lo contó a Ready Porter, de quien hacía mucho tiempo estaba enamorada...

CAPÍTULO III
EL PERIODISTA Y LA DAMA

Ready Porter era redactor de uno de los periódicos locales de Sturgis. A sus treinta años, jovial y de aspecto deportivo, resultaba uno de los solteros más codiciados del barrio.

Vivía solo, en un departamento atiborrado de libros, objetos raros, recuerdos de viajes y miles de fotografías pegadas a las paredes. Su casa -según la señora Crosby, que se ocupaba de atenderle- era una «cueva» donde cada día abundaba más la ceniza, el desorden y la despreocupación.

Se le hacía la boca grande diciendo que Ready necesitaba encontrar pronto una buena chica y casarse. Sólo de esta forma lograría regular un poco su anárquica independencia.

Los hombres que están solos son un desastre. Ella podía afirmarlo. Bastaba, como ejemplo, ir a limpiar el departamento los viernes por la mañana. Colillas, botellas vacías, restos de «sandwiches» por los rincones, la baraja tirada en cualquier sitio, la máquina de escribir debajo de la cama... Y es que los jueves por la noche había partida de póker con los compañeros de redacción, aquellos amigotes de Ready tan solteros como él, tan desaseados y tan indiferentes por el orden doméstico. ¡Una pandilla de vándalos!

Pese a ello -a las historias difamantes de cotillas-, Ready Porter seguía siendo un soltero apetecido. Se ganaba la vida holgadamente, sus artículos deportivos eran leídos con deleite y cuando mostraba unas invitaciones para el «box», el «catch» o la pelota base, siempre sobraban muchachas de buen ver dispuestas a colgarse de su brazo y acompañarle a presenciar el espectáculo.

El viejo Kingman seguía enfrascado con el dichoso despertador en el momento que Ready empujó la puerta vidriera y entró con paso decidido.

-¡Ready, muchacho! -saludó Ben con su mejor sonrisa-. ¿Qué es de tu vida? Hace una semana que no apareces por aquí.

-Todo va sobre ruedas, viejo prestamista -replicó el joven en son de broma-. Tengo un asunto que necesita solución.

-Cuenta conmigo, si es eso lo que quieres.

-Es de un amigo -dijo Ready, tendiéndole la cámara fotográfica que hasta entonces llevó colgando del hombro-. Necesita un puñado de dólares para apostar a las carreras... y sacar un ganador que se cotice bien. Dejará su máquina como garantía del préstamo. Devolverá el importe y los intereses cuando haya cobrado su boleto... que no puede fallar.

-A ver ese cacharro. ¿Cuántos golpes le han dado en esta vida?

-Muchos -rió Porter, echándose el sombrero hacia la coronilla y mirando distraídamente los cachivaches de todo género que decoraban el

interior de la tienda-. De niño, el presidente Wilson jugaba al fútbol con esta cámara. No me diga que es un trasto, por favor. Usted sabe que vale un par de filetes...

-Según como sean los billetes -cortó Ben-. Tiene el objetivo hecho cisco, oscilaciones en el obturador y media docena de abolladuras que...

-¿Le parece que la echemos a la basura?

-Sería lo indicado. ¿A cuánto sube el préstamo?

-Pide cien dólares.

-¡Ja! -cloqueó Ben Kingman.

-¿Qué significa eso? Yo no lo entiendo, Ben. Hábleme en plata.

-Muy bien, muchacho. Hablando en plata... puedo darte setenta, y va bien pagado. Si por una de aquellas, que es lo más probable, pierde «su» ganador... ¿quién va a comprar esta antigualla?

-Supongo que algún coleccionista.

-¡Ah, no! Gracias. Los coleccionistas últimamente traen lupa para mirar los objetos. Setenta es su precio.

-Vamos a dejarlo en setenta y cinco.

-No. Ready. Setenta, y ya está bien. Tus amigos me han tomado por un Mecenas; pero viven equivocados. ¿Qué respondes?

-¡Adjudicado al golpe de mazo! -gruñó el periodista dando un puñetazo en el mostrador-. Viejo usurero...

-Cuidado, ¿eh? Yo puedo ser viejo, pero no usurero. Lo sabes bien. Nos conocemos desde que ibas en pañales, y te aseguro que hasta ahora no ha representado ninguna ventaja, porque todos los negocios que me propones son francamente ruinosos...

-Hablaba en broma, Ben -sonrió Porter-. Sé que no hay otro hombre tan honrado en todo el territorio del Tío Sam. Además...

-Hola, Ready -terció entonces una dulce voz femenina.

El aludido, que se acodaba en el borde del mostrador, ladeó la cabeza y miró hacia la puerta de la trastienda. Sonrió. Al hacerlo, la expresión de su cara se transformó en algo agradable y atractivo. Era su clásica sonrisa. La sonrisa que hechizaba a las mujeres y conseguía aplacar las iras del corrector de originales.

La muchacha siguió allí, junto al dintel. Mirándole a los ojos y sonriendo también. Y nadie podía negar que era bonita. Muy bonita. Multitud de adoradores se lo habían dicho a Melinda Kingman, a pesar de que ella no concedía demasiada atención a los arrumacos.

-Hola, Mel -replicó Ready-. Acaba de salir el sol, viejo Ben. ¿Quién te dejó abandonar el paraíso? Los ángeles deben estar echándote de menos.

-¡Ready! -exclamó Melinda con pupilas brillantes-. ¡Vaya discurso! Has venido tan florido que voy a perder el habla. ¿Lo oíste, papá? Ready me dedica sus mejores palabras.

-Ready es un sinvergüenza -rezongó Kingman.

-¿De veras? -se extrañó el periodista-. ¿Por qué tiene tan mala opinión de mí? Soy sincero con esa joya de hija que es lo único valioso de la tienda. A ella sí que deben mirarla los coleccionistas con lupa. ¡Ah! Y yo daré el visto bueno a sus pretendientes. Si no me gustan... ¡A la calle!

-Caramba, caramba... -se admiró Melinda-. ¿Qué le pasa hoy al «águila de la página de deportes»?

-Nada importante. Quiso sacarme cien dólares... y yo solo le di setenta. Trata de utilizar la adulación como sistema convincente.

-Entendido. Son lisonjas «prefabricadas» y con miras al interés...

-Mel, pequeña, te juro que...

-¡No me llames «pequeña» en ese tono protector! ¡Soy una mujer!

Ready dejó de hablar y sonrió con la expresiva peculiaridad. La estuvo contemplando de pies a cabeza, con detenimiento, por espacio de varios segundos. Talla medía, ondulante, vivaracha y alegre. Cabello oscuro, ojos grandes y boca de labios acapullados, muy rojos. Aparte, ese efluvio, ese «ángel» que flota en derredor, el cual no puede adquirirse en ningún instituto de belleza.

-Sí, Mel -afirmó-. Eres toda una mujer. Y algo más, algo más. Un verdadero encanto de criatura.

-Eso está mejor -se aplacó Melinda Kingman-. ¿Necesitas dinero?

-¡Oh, yo no! -rió el joven-. Nado en la abundancia... como todos los solteros. No sé qué tendrá el matrimonio; pero cuando encuentro a un casado, casi siempre trata de noquear mi cartera al primer «round». Afortunadamente, poseo buena esgrima, agilidad de piernas y pegada dura.

-Un invencible campeón, ¿eh?

Ready asintió alegremente. Miro al viejo Kingman, quien comprendió el mensaje que encerraban sus ojos. Suspirando, igual que dando cima a un penoso deber, abrió el cajón inferior del mostrador y sacó un ordenado fajo de billetes. Con dedos lentos, empezó a contar los setenta dólares.

-¿Tienes prisa? -se interesó Melinda, aproximándose.

-Un poco. Hay trabajo en la ciudad. Mañana se disputará un buen encuentro entre dos ases del «ring». El periódico quiere que entreviste a uno de ellos. Suponemos que será el favorito.

El perfume de la muchacha -aquel efluvio natural y propio que no se conseguía con la cosmética- dejóse sentir a su lado, y Ready, inconscientemente, lo aspiró en silencio.

Sí. Melinda Kingman era ya una preciosa mujercita.

Quizá tendría veinte años. No podía afirmarlo con certeza. El tiempo corre muy de prisa y aunque él siempre recordaba a «la pequeña» con pantalones Lewis y montando en bicicleta, lucía espléndidamente con zapatos de tacón, falda ancha y ceñido «swetter».

-Siempre a la caza de noticias -dijo ella.

-Cuesta bastante mantener un buen puesto en el periódico.

-¿Sabes una cosa, Ready? A veces, las mejores noticias están al alcance de la mano.

-¿De veras? Soy todo oídos. Facilítame una pasable y te daré participación en los beneficios. ¿Cuál de mis ases del «ring» se ha vendido por dinero?

-¿Hay juego sucio en el combate? -terció Ben Kingman, sin dejar de contar.

-Se rumorean cosas feas. No me extrañaría, porque con un arreglo mutuo se llegaría a la revancha, y la «bolsa» sonaría bastante para ambos. Ya sabe, viejo. El «box» es un negocio lucrativo si se explota con los puños y el cerebro.

-No; no se trata de deportes -amplió Melinda mostrando la blanca hilera de sus dientes al sonreír-. ¿No se te ocurrió escribir nada sobre el meteorito de la Black Hills?

-Eso no corresponde a mi sección.

-Pero podrías hacerlo, ¿verdad?

-Lo haría... si hay materia para un buen artículo.

-Quizá. Depende de lo bien que sepas enfocar el asunto. Los temas fantásticos se han puesto de actualidad con tanto proyectil dirigido, tanto satélite artificial y tanto hablar de viajes interplanetarios...

-¿Qué te propones, Melinda? -preguntó Ben Kingman, separando los billetes recién contados.

-¿No le has dicho a Ready lo de la estatuilla?

Ben enarcó las cejas.

-¿Para qué? Eso carece de interés.

-Un momento -pidió el joven-. Vayamos por partes. ¿A qué estatuilla te refieres, Mel?

-A una que ha llegado... «de otro mundo».

-¿Eh? -se extrañó su padre.

-¿Cómo? -masculló Ready.

-No estoy mal de la cabeza -sonrió la muchacha-. Papá podrá asegurarte que es así. Hace poco compramos una figurilla de metal dorado, tremendamente duro. El hombre que la vendió, dijo que le había llegado por los aires, suponiendo que la desplazó a gran distancia la explosión de las Black Hills.

-Sí, pero...

-Aguarda, papá. La estuve examinando y... y creo que hay algo más. Por lo pronto, me atrevería a asegurar que no ha sido fabricada en la Tierra.

-¿Por qué?

-Eso -rezongó Ben-. ¿Por qué?

-Muy sencillo. No lleva firma del artista ni marca alguna que señale el país de origen.

-Oye -se animó Ready-. Eso podría tener substancia. Huele a noticia. Ya leo los titulares:

OBJETO DEL ESPACIO LLEGADO A LA TIERRA

-Me parece que Melinda ha visto visiones y te está haciendo víctima del mismo espejismo. Bien -Kingman tendió al periodista su dinero-. Ahí tienes los setenta dólares. Voy a preparar el recibo para que lo firmes. ¿Lo extiendo a tu nombre?

-No. Hágalo al de Thomas Buller. Yo lo firmaré por autorización -metió el rollo de billetes en el bolsillo de la americana y se volvió hacia la linda muchacha, francamente interesada-. No se trata de un camelo ¿eh?

-Claro que no, Ready. He descubierto cosas inesperadas. Puede articular los brazos y en su interior debe existir un mecanismo. Algo así como un juego de relojería. No sé... Quizá suene música, o baile, o recite poesías... ¿Quieres echarle un vistazo? Está en la trastienda.

-Vamos allá -decidió Ready-. Soy un cazador de noticias, no lo olvides. Y mantengo en pie la oferta de participación en los beneficios. ¿Viene usted. Kingman?

-No. Id vosotros. Prepararé el recibo y veré si puedo terminar de una vez con este maldito despertador. Va me diréis lo que hay en claro...

Melinda y Ready se dirigieron a la trastienda. Ambos, ciertamente, se hallaban muy lejos de suponer lo mucho de realidad que encerraban las palabras de la muchacha. Ella, especialmente, no creía ni una sílaba de su propia explicación, porque lo único que le impulsó a darla fue el deseo de permanecer el mayor tiempo posible con Ready.

La trastienda -como quedó dicho- era mitad taller y mitad vivienda. Bancos, mesas, herramientas y objetos desparramados, a punto de reparar, ocupaban el taller. Una tupida cortina separaba la estancia de las habitaciones domésticas.

Ready depositó el sombrero en la cabeza de un Neptuno de alabastro. Melinda dio vuelta a la llave del interruptor y la luz central, provista de tulipa verde, iluminó profusamente el reducido cuarto. Destellos amarillos señalaron la presencia de la estatuilla.

-¿Es ésa?

-Sí -Melinda arrimó un taburete al lado del que ella ocupó antes-. Acércate. ¿Has visto algo igual en tu vida?

-¿Dónde está, la diferencia? -preguntó Ready temiendo haber sido objeto de una broma.

Melinda atrajo da pantalla distensible hasta colocarla encima de la estatuilla. La bombilla alumbraba con la intensidad de un pequeño sol,

permitiendo estudiarla con todo detalle.

-Mira -añadió la joven-. Los brazos pueden moverse. El golpetazo los ha agarrotado un poco; pero volverán a funcionar suavemente después de un sencillo repaso. ¿Te has fijado en los ojos? Son piedrecillas talladas de forma que reflejan la luz. Ello les da un brillo que parece dotarlas de vida propia. Dentro de la figura ha de existir, por fuerza, algún resorte. No tendría objetivo de articulación de los brazos. Papá y yo hemos visto muchos artículos de esta clase. Son antigüedades construidas para diversión. Incluso la forma cincelada posee algo de simbolismo. Me recuerda alguna diosa oriental de ésas a las que antaño se les rendía culto. Pero lo más interesante es que no hace tantos años que fue fabricada, ¿comprendes?

-Bueno -rezongó Ready-. ¿Y qué? Hasta aquí no hay mucho de noticia. Mel.

-La noticia... acaso esté dentro -repuso ella-. ¿Quieres que la abramos?

-¿Es posible?

-Claro. En los bordes he descubierto una fina junta y su correspondiente muesca. Bastará una ligera presión para que ceda.

-Conforme. Probemos.

Las bellas pupilas de Melinda sonreían de felicidad. La intensa luz las dotaba de un brillo encantador que, unido a la hermosura del rostro, el perfume y la proximidad, mantenían un tanto inquieto a Ready. Ella lo sabía.

La estatuilla -un subterfugio- representaba una excelente ocasión para hacérselo ver al hombre y desterrar de su imaginación la costumbre de seguir llamándole «pequeña». Tal vez Ready pensaba lo mismo, porque siguióla con la mirada mientras iba a una estantería de la pared en donde se guardaban herramientas de diversos tipos, formas y tamaños.

Para no dar a entender lo que sentía, el periodista disimuló su observación y dedicóse de lleno a la figura dorada. ¡Aquella chiquilla...! ¡Cómo había variado en poco tiempo! Acaso era el peinado, o la forma de vestir, o su propia personalidad. La verdad es que resultaba deliciosa. Lo dicho: Un encanto.

-Manos a la obra -animó Melinda-. Verás qué fácil es.

Esgrimió el pequeño escoplo y atascó el bisel en la diminuta muesca de la estatuilla. Sólo tuvo que apretar y forzar un poco la presión. Al instante abrióse en dos mitades idénticas. Y en el interior descubrieron, efectivamente... ¡un reducido «mecanismo» de plateadas tonalidades!

-¡Sorpresa! -celebró Melinda.

-Vaya, vaya... -musitó Ready-. ¿Qué puede ser?

-Lo ignoro. Una maquinaria de precisión que pone en movimiento los brazos, supongo. Tiene aspecto de imanes conectados o hilos de pila

electromecánica. ¿No te lo decía? Créeme todo lo absurda que te parezca; pero esta figurilla «no ha sido» construida en la Tierra...

-Oye, Mel... Deja en paz la imaginación, ¿quieres?

-¡Si no puede ser de otra forma! El meteorito estalló... ¡y esto salió despedido por los aires!

-Arrancado de alguna casa.

-¡No! ¡Del propio meteorito!

-Tú no sabes lo que es un meteorito. En él no hay vida. Es metal puro. Una gran roca metálica, pequeña.

-¡No me llames pequeña!

-Perdona. Es la costumbre. Temo que no te hubiese reconocido si llego a verte por la calle. Has cambiado de pies a cabeza... Apuesto media columna de la primera página, a que me da por seguirte los pasos.

-¿Es eso una lisonja, Ready?

-Ejem... Volvamos a la estatua -decidió-. ¿Ves algo raro en toda esta serie de conexiones?

-Pues... ¡Hola! Aquí hay un muellecito que está suelto.

-¿Seguro?

-No puedo equivocarme. ¿Ves? El extremo se ha salido de aquel enganche. Acércame las pinzas. ¡Voy a sujetarlo!

-¿No estallará igual que una bomba?

-Si ocurriera... tendrías un magnífico artículo, ¿eh?

-Sin duda. Pero lo escribirían mis herederos.

-¡Qué agradable morir juntos, Ready!

-No... no lo encuentro tan seductor. Toma las pinzas.

-Agárrate a la mesa -rió Melinda-. Cuando conecte... cualquier cosa puede suceder. ¿Y si no fue un meteorito? Algunas versiones dicen que era un platillo volante. ¡Qué lástima! ¡Papá distraído con un vulgar despertador! ¡Con lo fascinantes que son las cosas «de otro mundo»!

-¡Eh, Mel! ¡Que me pones la carne de gallina!

-Se toma con las puntas... se estira un poco el muelle... lo acoplamos al enganche... ¡y ya está! ¿Ha estallado el artefacto? No. ¡Oh, desilusión!

-Celebro que todo continúe igual. ¿Y ahora?

-No sé. En apariencia, el muelle era lo único que desentonaba en el mecanismo. Se diría que está completo. La envoltura exterior debió preservarlo de daños a pesar de los golpes. ¿Quieres que cerremos la estatuilla?

-Bueno.

-Siento gran curiosidad por ver en qué termina el experimento -unió los bordes de las juntas, apretó con sus manos blancas y el sonido leve de un «clic» cerró herméticamente el objeto-. Lo mismo que antes. Tú y yo seguimos vivos.

-No hay artículo fantástico -comentó Ready-. Lo siento; pero tengo muchas ocupaciones. Continúa jugando a detectives y ya me dirás...

-¡Espera! Se me ha ocurrido una idea luminosa...

-¿Sí?

-¿Por qué no accionamos los brazos ahora? Ha de tener algún significado el hecho de que estén dotados de movimiento. Mira, Ready. ¿Estás contemplando lo mismo que yo? ¡No... no lo entiendo!

En verdad, resultaba incomprensible. Y algo más. ¡Altamente excitante!

Cuando Melinda Kingman elevó el brazo sano hasta casi rozar el que aparecía torcido, un extraño zumbido escapó del interior de la estatuilla. No podía calificarse de «zumbido corriente». Era una vibración sutil, intensa, que les comunicaba el temblor más inverosímil imaginable. ¡Una corriente «ultrasónica» establecida entre el objeto dorado y las dos personas!

Algo los apresaba. Algo «tangible» los mantenía sujetos. Cautivos de un imán succionante y voraz. ¡No! ¡Aquello «debía ser» imaginación pura!

En seguida, instantáneamente, un parpadeo verdoso animó las gemas de los ojos. ¡Un chispeante relumbrar de «cosa viva»! Los destellos parecían dotados de poderoso hipnotismo. Círculos. Círculos fosfóricos en tomo a la cabeza, al busto... ¡al cuerpo entero! ¡Un doble círculo luminoso que los encerraba a ambos!

Melinda Kingman, paralizada de estupor, solo alcanzó a aprisionar entre las suyas la mano fuerte y grande de Ready. El hombre, impulsado por frenética ansiedad, se abrazó a ella y la estrechó contra su pecho. ¡Se sentían aterrados!

-¿Qué hemos hecho, Mel? -susurró-. ¡Este chisme diabólico nos...!

He aquí las últimas palabras «en la Tierra» de Ready Porter. Hubo un estallido eléctrico, deslumbrante y crispado, de campo magnético interferido por agentes extraños. La habitación quedó a obscuras al desmenuzarse el filamento de la bombilla. Después, reinó un silencio mortal, de vacío y soledad.

No había nadie en el taller. «Nadie». Ni siquiera la estatuilla. Melinda Kingman y Ready Porter acababan de desaparecer, esfumándose en la nada. ¿Dónde estaban los dos terrestres?

Quizá pueda parecer increíble y superfantástico. Pero «estaban» en Venus. El fenómeno se llamaba teleportación electrodinámica. Créanlo o no, había ocurrido.

CAPÍTULO IV
UN MUNDO FABULOSO

Hacía sol. Un sol abrasador, achicharrante, que cegaba. Cien veces más duro que el del trópico.

Y aquello era una selva. Una jungla exuberante y lujuriosa. El máximo apoteosis vegetal que mente humana lograría concebir.

El cielo poseía un diluido color topacio. El aire olía a flores. Algo embriagador, fatigoso, que dificultaba la respiración.

Y allí estaban ellos. Tumbados en el suelo alfombrado de hierba húmeda, lo mismo que dos minúsculos insectos en pleno jardín estallante de floración. ¡Inconcebible!

Lo era. Mas ello no restaba ni un ápice de verdad a la extraordinaria realidad que vivían. El sofocante calor tal vez fue la causa de que Ready Porter despertase. Lo hizo de golpe, con brusquedad.

Parpadeó repetidas veces y sacudió la cabeza. Recordó, de pronto y con violenta nitidez, «todo» lo ocurrido poco antes. O quizá.... ¿hacía siglos que pasó?

Había perdido totalmente la noción del tiempo. No sentía modestias. Sólo un ligero dolor de cabeza, como quien despierta después de un profundo trance.

Miró en torno. El cielo, el sol brillante y, sobre todo, la gigantesca selva que lo rodeaba, dejóle momentáneamente paralizado. Melinda Kingman, tumbada, boca abajo, respiraba acompasadamente. No lejos de allí, tiraba en el suelo, centelleaba la dorada estatuilla de metal duro. Ella debió ser la causa del anormal «cambio de decorado».

No supo qué pensar ni qué hacer. Lo único que se le ocurrió fue llevar a la inconsciente Melinda hasta el pie de unos árboles ciclópeos, cuyas enormes copas tapaban la visión del cielo y mitigaban un tanto los ardorosos rayos solares. Entonces, poco a poco, ella fue entreabriendo los párpados y suspiró.

-Tranquilízate, Mel -rogó-. Estoy a tu lado.

-¿A dónde... a dónde me has traído. Ready?

-¡Ojalá lo supiera! -rezongó él-. Lo único que puedo decirte es que no habrá entrevista por ahora y que Thomas Buller va a quedarse sin apostar a su ganador. Por lo demás... ¡sé tanto como tú de este confuso asunto!

-¿No te burlas?

-¿Pongo cara de eso?

Melinda Kingman se incorporó a medias y apoyó la espalda en la base del anchísimo tronco. Sus ojos llenos de luz, bellísimos, miraron a Ready sin temor, sorprendida pero serena. Hubo un cambio en la expresión, como si rechazase cualquier pánico y considerase su estado con olímpico

optimismo. Al fin, ganada por un impulso espontáneo, rió alegremente.

-No es cosa de risa, Mel. Echa una ojeada en derredor y te convencerás. ¿Viste antes una vegetación tan espléndida?

-Nunca -convino-. Pero celebro que hayas elegido este hermoso jardín.

-¡Yo no he elegido nada! ¿Quieres descender a la realidad de una vez? Si nos hallamos aquí es por obra y gracia de esa figurilla. ¿Recuerdas qué fácil? Enganchaste un muelle, moviste los brazos y... ¡Zass! ¿En qué parte del mundo hemos caído?

Melinda volvió a reír. Sin duda no alcanzaba a comprender la verdadera situación en que se hallaban. La consideraba fruto de un juego. Pero Ready intuía que aquel «juego» acabaría cansándoles y transformándose en peligroso.

-¿Crees, de veras, que la estatuilla tiene ese poder?

-Te aseguro que yo no lo tengo... y respecto a ti, supongo que estás en las mismas condiciones. Recuerdo bien mis últimas impresiones. Fue algo así como un estallido eléctrico, ¿no? Después, sentí lo mismo que si volase a través de un espacio negro e insondable. La primera noción corpórea que tuve al regresar del «lapsus» se redujo a verme caído en medio de esta jungla trópica. ¿Será alguna zona del Ecuador?

-¡Oh, Ready! ¡Qué fantasía! ¿Por qué no aceptamos las cosas tal como vienen? Estamos aquí. Pero eso importa poco. Tú y yo seguimos juntos.

-Escucha, Mel... y trata de meterte esto en la cabeza. Seguimos juntos, «pero no debíamos estar aquí». ¿Qué ha ocurrido con la trastienda? Ni a poca ni a mucha distancia de Sturgis existe un lugar de estas condiciones. Yo no acabo de entenderlo. Me turba el aroma a vegetación y siento los efectos de esta borrachera de sol y calor. Creo que sólo tenemos al alcance un medio para averiguar algo positivo.

-¿La estatuilla?

-¡Déjala en paz, por favor! Prefiero el calor al frío y si la tocas de nuevo... ¿quién dice que no nos despertaremos en el Polo? Vamos a salir de aquí en seguida. Si todo es un espejismo no tardará en disolverse. Si se trata de una realidad irrefutable... Bien. Espero que la jungla termine en algún sitio. Andando, Mel.

Ella dibujó un gracioso arco con las cejas y redondeó los húmedos labios, dejando la boca convertida en una invitadora O rojo coral. Seguía sin sospechar las posibles consecuencias del inusitado estado de cosas. Se incorporó, asida a la mano que Ready acababa de tenderle rara ayudarla, y miró curiosamente en todas direcciones.

-Es un panorama precioso.

-Sí. Demasiado precioso, Mel. Creo que nunca he sentido con tanta fuerza los ardores del sol. ¿Cómo podrá desarrollarse una vegetación da este tipo sin ser destruida por los rayos?

-No entiendo de ciencias cosmológicas. ¿Y tú?

-Poca cosa. Algo debe existir, que favorece el clima y la flora. Quizá las capas gaseosas son muy densas, de ahí el característico color topacio del cielo. Ellas deben filtrar los rayos gamma y ultravioleta. Supongo que la evaporación será inmensa y las tormentas resultarán monstruosas. La verdad, Mel; esto no me gusta. Vámonos.

-¿Por dónde?

-Cualquier camino es bueno cuando se desconocen todos. Si tuviese una brújula la tarea sería más fácil. Así, he de guiarme por la intuición. Iremos hacia allá. Creo que la maleza es menos tupida,

-¡Espera!

-¿Qué ocurre?

-Nos olvidábamos de la estatuilla -Melinda Kingman la tomó del suelo y agregó-: Adelante... ¡Qué aventura más extraordinaria, Ready! Ahora sí tendrás ocasión de escribir un buen artículo.

-Buenísimo -mascullό Ready-. ¡Maldita la gracia que me hace todo esto!

No. Ciertamente, no le hacía ninguna. ¿Razones? Apenas existían. ¿Cómo podía explicarse un fenómeno en el que hasta los más destacados sabios terrestres hubiesen tropezado con insalvables escollos?

Melinda abrazaba contra su pecho la figurilla de vítreos ojos verdes, y se aferraba a la mano del joven, que avanzaba a largas zancadas. Le animaba un fuerte deseo de salir de allí, por escapar de aquella jungla abrumadora y espesa. Pero, a cada segundo que transcurría, una angustiosa premonición le advertía que su deseo iba a ser tan vano como fútiles los intentos.

Todo estaba difuso, emborronado por incógnitas. No lograba ensamblar un razonamiento lógico en su mente, porque las circunstancias -los hechos consumados- iban airadamente contra la lógica más elemental. Hasta temía profundizar demasiado en sus pensamientos, ya que de profundizar y encontrar alguna leve luz reveladora, quizá ello le sumiese en negruras de incomprensión todavía mayores.

Lo irrefutable, lo verdaderamente real, era que vagaban a la deriva por un embravecido mar vegetal, inmersos en sus oleadas pavorosas y en la aterradora magnitud de una profusión que no parecía tener fin.

Era aquél, de fijo, un rincón paradisíaco en demasía. Una zona virgen y pujante en la que, por más que se afanase en buscarlos, no hallaba ni rastros de la presencia humana. Sin caminos, sin sendas, sin un vericueto donde existiesen huellas de haber sido hollado antes.

La idea obsesiva de encontrarse en un mundo desconocido y fabuloso, atormentaba a Ready. Sabía que no debía hacer partícipe a Melinda de sus temores. Pero, por otra parte, le resultaba imposible desembarazarse de la

torturante sensación, puesto que de continuo descubría detalles ciertos que avalaban sus sospechas.

La flora -aquel océano inmenso de multitudinarios colores- no se parecía en nada a la terrestre. Hasta él mismo juzgaba una locura pensar así. No obstante, bastaba mirar en tomo para asimilar la horripilante y demencial impresión.

Hierbas altísimas, de un verde azulado, obstaculizaban el avance. Los zarzales, que se remontaban un palmo por arriba de la cabeza, se hallaban provistos de espinas tan largas como bayonetas. Un simple roce bastante para desgarrar la tela de sus vestidos y debían esforzarse grandemente para evitarlo.

El «juego» que a Melinda agradó al principio íbase tornando molesto y despiadado. Ya no reía. Se reflejaba la desconfianza en sus ojos. Y miraba a Ready de continuo, esperando alguna explicación alentadora que el joven, a su pesar, no se hallaba en situación de ofrecer.

Los árboles, de troncos y copas asombrosamente amplios, formaban un ejército colosal que oponía barreras casi infranqueables. En torno a los dos desorientados terrestres la Naturaleza iba adquiriendo dimensiones apabullantes. Un gran revoltijo vegetal reinaba por doquier. Junto a tilos, caobas, tamarindos y altísimos baobabs, se veían densos macizos de laurel, estallidos de encendidas buganvillas y bosquecillos de palmitos.

Ready contemplaba, horrorizado, arbustos de sasafrás, grupos de helechos y afilados ramajes de heveas. El suelo que pisaban empezaba a hacerse duro, pétreo, y las hierbas se aclaraban. El arbolado imperaba exóticamente. La tierra ofrecía grietas y cortaduras ásperas. Caminar por aquel terreno era agotador, exhaustivo.

A lo lejos, de claro en claro, descubrieron el espinazo oscuro de cordilleras. También en ellas se desparramaba un flora abundante y crecida de talla, representada especialmente por coníferas y gimnospermas.

-Detengámonos un poco, Ready -pidió la muchacha con voz estrangulada-. No... no puedo dar un paso más.

-Hay que salir de aquí, Mel. ¡Debemos encontrar campo abierto antes de que caiga la noche!

-Por favor -insistió ella-. Aunque sea unos minutos...

-Como quieras -concedió Ready tras unos segundos de indecisión-. Sentémonos allí. A la sombra. Apóyate en mí... y descansa.

También él se sentía agotado por la violenta caminata a campo traviesa. Era un duro ejercicio al que no estaban habituados y para el cual el terreno reunía escasas condiciones.

Melinda había perdido su anterior jovialidad por completo. Tal vez se hallaba dominada por idénticas prevenciones a las que atenazaban a Ready. En sus ojos brillaba la humedad de lágrimas y un ligero temblor la

estremecía a intervalos. El joven le pasó el brazo por los hombros, en ademán protector, y frunció el ceño obstinadamente.

-Es inconcebible -murmuró-. Espantosamente absurdo.

-No... no creo que se trate de un espejismo -dijo Melinda con voz débil-. Dura demasiado. Ahora estoy segura de ello. Y tengo miedo. ¡Tengo mucho miedo, Ready!

-Nada malo va a sucederte estando a mi lado. Ya sabes que me dejaría matar antes de permitir lo contrario, Mel. Prefiero que tomes las cosas con el desenfado de antes; porque nuestra salvación no puede llegar por el camino del desespero. Hemos caminado sin cesar por espacio de tres horas... y el panorama presenta ligeras variaciones. ¿No lo adviertes? La jungla va clareando y decrece la maleza. Pronto saldremos a algún llano, por el que nos será factible encontrar la ruta que nos lleve a lugares habitados...

-¿Crees lo que dices... o es solo para consolarme?

-Creo lo que digo.

-¡Estamos rodeados de montañas! -negó ella-. ¡Picos difíciles de escalar! ¡Oh, Ready! Aquí moriremos de hambre y sed.

-¡No pienses eso, Mel! Procura alejarlo de la imaginación.

-No puedo. Lucho por conseguirlo; pero no puedo. ¿Qué ha ocurrido en realidad? ¿Lo sabes tú?

-Bueno... -Ready sacó un cigarrillo, le prendió fuego y aspiró una honda bocanada-. Lo único que sé es que enganchaste un inocente muellecito antes de accionar los brazos de esa muñequita dorada. He aquí todo.

-¡Está maldecida! -exclamó ella, sollozando-. ¿Por qué hemos venido a este lugar? ¿Merecíamos un castigo semejante...?

-Cálmate, Mel. ¡Por Dios, serénate, criatura! Llorando no se consigue nada. Tenemos que razonar, ¿comprendes? Llegar a la solución estudiando nuestro problema con frialdad... Por estos lugares ha de existir comida. Frutos, brotes, raíces... Lo encontraremos. Cuando hayas descansado un poco iniciaremos la búsqueda...

-¿Qué será de nosotros? ¡Me siento horrorizada!

Ready arrojó airadamente el cigarrillo apenas iniciado y estrechó a la atribulada joven entre sus brazos. Temblaba. Los sollozos la estremecían intensamente. El encanto de la novedad planteado por la inverosímil situación íbase disipando y en su lugar, hosco, solo quedaba la cruda certeza aplastante y carente de atractivos.

-Escucha... -musitó junto a su oído-. Has de sobreponerte, pequeña... Resultará un poco duro al principio, pero es cuestión de amoldarse. Quizá a muchas personas les gustaría vivir una aventura así, tan... tan extraña e inexplicable. Tú y yo hemos tenido el privilegio de saltar por los aires y

venir a caer en medio de esta selva maravillosa... Además, me tienes a tu lado. ¿No te gusta mi compañía?

Melinda no replicó. Ciñóse a él, necesitada de cobijo, y ahora sus lágrimas resbalaron por las mejillas silenciosamente, sin sollozos.

Ready miró rencorosamente la estatuilla caída sobre el regazo de la joven. ¡Todo por un muellecito y un estallido eléctrico! ¿Habríanse vuelto locos los dos? ¡Aquella situación era para perder irremediablemente la cabeza!

El calor abrasador había resecado su garganta y empezaba a notar los febriles efectos de la sed. ¡Sed! El sol, gigantesco, enviaba rayos poderosos que filtraban las altas copas arbóreas. He aquí otra cuestión de interés.

Nunca le pareció el disco luminoso tan grande... «y próximo». Acaso es que jamás se detuvo a analizarlo. Pero lo encontraba «distinto», igual que si no fuese el mismo de siempre o hubiese «crecido». ¡Qué cosas tan estúpidas se le ocurrían!

Habría de contener la imaginación o, como sucedía a los náufragos y a los caminantes perdidos en el desierto, acabaría devorándole en insufribles delirios.

Entonces, mientras meditaba en lo triste del panorama, ocurrió algo que los llenó de esperanza. Fue un lagarto, primero, y un raro pájaro después. Representaban los primeros síntomas de fauna y, en consecuencia, una patente demostración de que existían exponentes de vida animal.

Donde hay vida, hay también medios para subsistir. ¡Ellos encontrarían el agua y la comida que necesitaban!

-¡Mira, Mel!

Ella levantó la cabeza, que mantenía reclinada sobre el hombro de Ready. Fijó la vista en el plateado bichejo, de piel escamosa, que los contemplaba desde lo alto de una roca con sus ojuelos redondos y estrábicos. Curvó los labios en una sonrisa suave, tímida.

-Parece de plata -dijo.

-Ahora verás -Ready le arrojó una piedrecilla y el lagarto brincó velozmente, desapareciendo tragado por una grieta de la tierra lacerada-. ¡Ya somos tres los asustados! -celebró.

Un graznido fuerte, áspero y altisonante, quebró el persistente silencio de la selva. Parecía como si las grandes moles vegetales amordazasen cualquier sonido, hasta sofocarlo. Era un pájaro de plumaje amarillo y rojo. Un ejemplar de raro exotismo.

Revoloteaba de una rama a otra, juguetón. Lo que más les sorprendió fue descubrir que el corvo pico estaba lleno de dientes, erizado de menudos colmillos.

-¿Sabes cómo se llama? -preguntó Melinda.

-No. Pero me resulta antipático. Esa dentadura quizá viene a advertir

sus condiciones de carnívoro.

Batió las alas y se alejó hacia el cielo, revoloteando entre el profuso techo de ramajes. No tardaron en perderlo de vista. Ready consultó su reloj. Debían haber transcurrido alrededor de cuatro horas largas desde que despertaron en la exorbitante zona tropical. Y el sol, y el calor, y la luz cegadora, no decrecían en absoluto.

Un pensamiento alterado asaltó su mente. ¿Es que el día resultaba eterno en aquellos parajes? ¿Cuándo llegaría la noche o, cuanto menos, el lenitivo de la tarde? Se alzó de hombros y resignóse a afrontar lo que viniese. Todo era «nuevo». Lo presentía. El presentimiento, realmente, no contribuía a calmar sus ansias inconfesables.

-¿Te encuentras mejor, Mel? -inquirió-. Hay que continuar jungla adelante. Acaso hallemos un claro donde nos sea posible orientar la dirección adecuada.

-Sí -Mel tomó la estatuilla y se incorporó-. Vayamos donde tú quieras.

-Seguiremos hacia el fondo de la selva. Hasta el pie de las montañas. Coronándolas, disfrutaremos de un amplio radio visual...

Melinda Kingman contemplaba, absorta, la figurilla cincelada, mientras la acariciaba con mano incierta.

-¿En qué piensas?

-En ella, Ready. En su enigmático poder. Es algo sobrenatural, ¿verdad? No hemos caído en un lugar agradable. ¡Si al menos fuese como en los cuentos de hadas!

-Ya no hay cuentos de hadas en el siglo XX.

-¿Quieres que probemos otra vez? Bastará con unir los brazos y...

-¡No digas eso! -atajó Ready-. He tenido bastante con la experiencia. Mientras no sepamos a qué atenernos, conviene que dejes en paz la estatuilla. Te lo ruego, Mel. Creo que ni tú ni yo podríamos resistir otro despertar en incognoscibles lugares -varió de tono-. Anda, vamos. Dame la mano. El suelo es irregular y surcado por hendiduras. Mira bien dónde asientas los pies.

-Sí, Ready.

Reanudaron el camino incierto. De nuevo zarzales gigantes, arbustos floridos y arbolado inconcebible.

El paisaje, en efecto, mostraba lentas pero progresivas variaciones. Soplaba un vientecillo tenue, que llevó hasta su olfato aromas pútridos, encenegados, de charca o pantano próximo. ¡Agua!

La idea los hizo reír, alborozados. Activaron el paso, avanzando por el duro terreno. Quizá habíanse dejado ganar por la desesperación.

Pronto, surgiendo inopinadamente, hallaron más muestras vivas, más fauna. Lagartos de vivos colores, rápidos y asustadizos, que buscaban inexpugnables cobijos apenas captar el sonido de sus pisadas. Tortugas de

caparazón rojizo. Pájaros de pico dentado, revoloteando en bandadas, estremeciendo el aire con sus graznantes trinos.

Remontaron una suave loma. Allá abajo, espejeando al sol, brillaba la sábana líquida de una mancha ovoidal.

-¡Una laguna! -exclamó Ready.

-Ahora podremos aplacar la sed. ¡Gracias, Dios mío!

Nada más empezar a descender el declive, ayudada por Ready que no descuidaba su cometido protector, Melinda Kingman hizo un descubrimiento.

-¡Aquí termina la jungla! ¿Es cierto lo que veo, Ready?

-Completamente, porque ambos vemos lo mismo. ¡Mel, pequeña, hemos dejado atrás el reino de los gigantes vegetales!

Así parecía. Continuaba imperando el arbolado, pero las hierbas altas no podían germinar en la tierra agrietada y negruzca. Ello proporcionaba amplios claros y visión dilatada para el escrutinio.

Abundaban las piedras. Altas moles picoteadas y erosionadas. En general, aquel cuadro atormentado recordó a Ready los dibujos representativos de otras épocas.

Tras superar la pequeña loma, parecían haber retrocedido millones de años. Era igual que si se hallasen en la era cenozoica o tal vez más allá, en los períodos triásico, jurásico o cretáceo. ¿Otro espejismo asolador?

Por fortuna, el relumbre del agua persistía. El sol centelleaba sobre superficie líquida. La vegetación era prieta y variada en torno a la laguna, predominando helechos, especies de sauces tristones y cocadáceas. El olor a fango hízose intenso. Seguramente no se trataba de una laguna, sino de un pantano.

-¿Podremos beber?

-Supongo que sí, Mel. Nadie nos lo impedirá.

Acaso tengamos que pellizcamos la nariz, ¿comprendes?

-Sí. No huele bien.

De pronto, surgiendo tras las peñas macizas, brotó un gruñido seco, cáustico, una especie de ronquido agudo. Ready giró sobre los talones y miró, boquiabierto, al animal que acababa de estirar el largo cuello y se desperezaba sin recato.

Un martillazo en pleno cráneo no le hubiese causado mayor impresión. Lo reconoció en seguida. ¡Era un ornitomino! ¡Una bestia de tiempos prehistóricos! Se quedó helado de horror.

- ¡Ready! -gritó Melinda Kingman.

-¡Al suelo! ¡Pronto!

La empujó con ambas manos y ella fue derribada al borde de una fisura del terreno, en cuyo interior se cobijaron. El periodista parecía trastornado. Apretó los dientes y diose a todos los diablos. ¿Es que todavía existían

animales prehistóricos en la Tierna? ¿Dónde? ¿En qué parte? ¡Aquello «no era» la Tierra!

La sospecha le hizo daño. Le produjo intenso dolor. Buscó en la gama de conocimientos universitarios que atesoraba el subconsciente. Con cautela, extremando las precauciones, asomó la cabeza por el borde de la fisura. Mel le tiró de la manga de la chaqueta.

-No vayas, Ready... ¡No me dejes sola! -imploró.

-Ssss... Descuida. Pero no hables; el sonido de las voces podría atraer su atención.

Sí. Era un ornitomino, un dinosaurio terópodo de mediano tamaño, una bestiezuela de cuerpo fino, largo cuello y patas estiradas.

Se movía lentamente en tomo a las piedras. No debía haberles oído o, en el caso contrario, optó por no concederles más atención que a simples insectos.

Así, pues, no solo la tierra, sino la fauna y la flora... ¡correspondían a un área de tiempos remotos! Los nervios iban a jugarle una mala pasada y Ready lo sabía. ¿Dónde estaban las pantallas de televisión, los reactores y la sarta de modernos antibióticos? ¿Perdidos en la curva ancha de los milenios, tal vez?

Intentó no pensar en ello. El ornitomino trotaba en dirección opuesta a la charca. De nuevo el terreno veíase libre de habitantes.

-¿Dónde nos encontramos, Ready? -preguntó Melinda con zozobra.

-Eso me gustaría saber. ¡Acabaremos locos de remate! Pero... ¡pero si no es posible! -se obstinó.

Vaya que era posible. Contundentemente posible. No tardaron en constatarlo nada más reanudar el camino hacia la laguna. Ahora, el suelo hízose pantanoso, francamente invadido de lodo y maloliente fango de ciénaga. Descubrieron más muestras prehistóricas. Y todas «vivas».

A mucha distancia -por fortuna-, gozando de la sombra, localizaron un tiranosaurio. Ready escarbó en sus recuerdos. ¿Qué sabía respecto a él? El tiranosaurio es un animal feroz, carnicero. Debía tener el sueño muy profundo. Hallábase tan alelado que no existía peligro. Además, había leído en algún viejo libro de Historia Natural que prefería devorar cadáveres putrefactos, un bocado selecto para él, en vez de pelear contra presas vivas.

También encontraron cabe a los cañaverales y cicadáceas ribereñas, osteocéfalos. Así se lo dijo a Melinda, que permanecía aturdida y maravillada.

-¿No estaremos soñando?

-Creo que no. Mel. Fíjate. Los osteocéfalos son troodontes, pequeños ornitópodos del tamaño aproximado de un ser humano, dotados de un bulto óseo en la parte superior de la cabeza. Con estas prominencias, los machos se embisten entre sí, igual que búfalos salvajes, disputándose la posesión de

las hembras. Te juro que esto es algo extraordinario de veras. Algo que escapa a la atmósfera de nuestros días. ¡Si tuviese una cámara fotográfica...! -se entusiasmó-. Debía hallarme horrorizado, pero la fiebre periodística empieza a ganarme. ¡Vamos a la charca! Si la zona conserva su ambiente, allí tropezaremos con variedades extinguidas y de las que apenas existen muestras en los museos...

-¡Yo quiero volver a casa, Ready! ¡Papá estará intranquilo!

El joven la miró largamente, sin soltar su mano trémula.

-Eso no creo que sea posible... por el momento -respondió-. ¡Hazte cargo, chiquilla! Acepta la situación. ¡Vivimos una experiencia sin precedentes!

-Hay un medio. ¡La estatuilla!

-Ese es un medio... de última instancia. Reconozco que nos hallamos en una tierra extraña y desconocida. Pero yo te pido que aguardes un poco más. Debemos aclimatarnos. Si esa figura tiene el supremo poder de desplazarnos en el tiempo y en la distancia, esperemos a recurrir a ella cuando todas las soluciones estén agotadas. En el fondo, no me disgusta tanto el papel da Robinsón moderno.

Meando esforzóse en no llorar y terminó abatiendo la cabeza. El proceder de Ready le producía vértigos. El hombre sentíase ganado por la fascinación irresistible del pasado. ¿Era aquello el pasado? ¡Debía serlo, a juzgar por las antiquísimas manifestaciones anímicas!

Cerca del pantano, chapoteando en la masa de fango, destacaban varios fobosucos de rugosa piel. Ready le explicó que así se llamaban los supercocodrilos prehistóricos, anfibios antediluvianos de pasmosas quijadas y dientes de acero.

También vieron saurópodos. Enormes. De gran alzada y sobrecogedor aspecto. Se hallaban metidos en el agua, gozando del elemento líquido con primitiva fruición.

-¡Son horribles! -expresó, mientras el joven la conducía a una ribera alejada, una ensenada en forma de herradura, para beber sin riesgos.

Allí tumbados en la orilla, hundieron el rostro en el agua y saborearon el pestilente caldo oscuro que les supo a gloria. Al calmar la sed, parecieron experimentar los efectos de una inesperada energía, de un renovado vigor.

El sol seguía alto, fuerte y poderoso. Ready hablaba en voz baja sobre los saurópodos.

-También son anfibios -decía-. Aunque de ordinario gustan de permanecer el mayor tiempo posible dentro del agua. Quizá no te lo he dicho antes; pero siempre he sentido entusiasmo por estudiar a estos antecesores del pasado. Tales conocimientos tienen poca aplicación en el periódico, y por ello me especialicé en temas deportivos. Los saurópodos vienen a ser algo así como los precursores del hipopótamo actual. Andan

con torpeza y abandonan las charcas para dar cortos paseos y poner sus huevos. Sin embargo, el agua es su elemento preferido. Bucean incansables, deambulan por el fondo de los pantanos y comen plantas blandas del lecho fangoso. Los historiadores afirman que habitualmente se alimentan con cuatrocientos kilogramos por día de estas plantas. Algunos son muy desarrollados y pesan hasta cuarenta toneladas... ¿No es subyugante, Mel?

-¡Quiero volver a casa! -gimió ella-. ¡No podré resistir aquí ni un segundo más...!

Ready la tomó de las manos y miró con ternura sus dulces ojos. El deseo de regresar era tan dominante que no precisaba de exteriorizarlo con palabras.

Sí. También Ready anhelaba volver. Nadie creería la absurda historia que ahora podría contar. Pero ello importaba poco. Sería como un pequeño tesoro en sus recuerdos. La huella dejada por el fantástico sueño «vivido».

La muda contemplación hizo que se ahuyentasen lamentablemente de la realidad. Tenían los ojos presos en una mirada sugerente. Jamás habíanse mirado así. El periodista y «la pequeña» sentían entonces algo mágico y voluptuoso.

Quizá nunca podrían explicar cómo sucedió. Pero Ready la atrajo hacia él, sin resistencia, y posó los labios en la boca carnosa de ella. Fue un beso profundo y largo. Un beso que les hizo olvidarse de todo.

El rugido cavernoso, bestial, destrozó el encanto sublime de la caricia y los transportó a una realidad desnuda, hecha pedazos. Ready deshizo el contacto con las mejillas de seda y buscó, nervioso, el origen del sobresalto.

Estaba allí. A su lado. A menos de diez metros. ¡Un saurópodo colosal y chorreante, recién salido del pantano! ¡Se les venía encima, igual que una terrorífica montaña al desmoronarse completa!

-¡Nos ataca! -chilló Melinda Kingman.

-¡Sígueme! ¡Hay que alejarse de la ribera!

Ready la atrapó por un brazo, obligándola a ponerse de pie rápidamente. Miró a su espalda. ¡El saurópodo cargaba con la violencia de un proyectil gigante!

Sus patas cortas y gruesas levantaban surtidores de oscura espuma. El agua removida por el terrible paso se deshacía en remolinos tintos de impurezas, plantas flotantes y raíces arrancadas del lecho pútrido. La menuda cabeza, oscilando de un lado a otro en lo alto del cuello ajirafado, buscaba víctimas. No para devorarlas. ¡Para reducirlas a destrozos, a piltrafas orgánicas!

Profiriendo gruñidos electrizantes, saltó a la ribera y aplastó matas de arbustos, cicadáceas y tronchó helechos. Era imponente. Tremendo. Cuanto

menos, debía pesar veinticinco o treinta toneladas.

Sacudió la cola hacia atrás, descargando un latigazo estruendoso en el agua, que llevó salpicaduras al mismo centro del pantano. Un coletazo así podía arrancar la cabeza de un hombre con tanta limpieza como un tajo de guillotina. Melinda y Ready huyeron precipitadamente, dejando jirones de ropa en las espinas de los zarzales.

El áspero suelo cenozoico estremecíase bajo la trepidación que creaba el mastodonte. Un accidente del terreno en forma de cuña invertida, hizo que Melinda introdujese el pie en la rendija. Tropezó. Zafóse de la mano de Ready. ¡Cayó cuan larga era! ¡Y el saurópodo, a tres metros de distancia, bramando a sus espaldas!

La reduciría a picadillo. El efecto sería cual suelo aplastado bajo el rodillo de una apisonadora. Ready, desesperado, revolvióse hacia la bestia y plantóle cara. Un gesto de valiente. ¡Se habría dicho que la locura nublaba su razón!

Estaba solo, con las manos desnudas, impotente como recién nacido ante las iras de un cóndor asesino. ¡Si hubiese contado con un moderno rifle para caza mayor! Una bala explosiva alojada en el corazón de la fiera bastaría para derribarla aparatosamente. Pero no había rifle, ni bala... ¡Sólo piedras!

«Piedras». Actuando por reflejos, acelerado por el frenesí de la precipitación, agarró un duro pedrusco y lo arrojó a la cabeza del saurópodo. ¡Spack!

El seco impacto rebotó en la piel rugosa, sin alcanzar la cabeza oscilante al extremo del cuello de diez metros de largo. ¡Se precipitaba sobre él! ¡Una mole animada de vida a punto de pulverizarle!

Saltó de lado, escabullándose, en una zambullida de jugador de «rugby». Rodó por el suelo. El saurópodo le persiguió... ¡alejándose de la indefensa muchacha! Por lo menos, logró apartarlo de su camino. ¡Dios bendito, qué horrorosa lucha!

Gateó, se incorporó sobre la marcha y corrió, distanciándose lo más posible del pantano. Un coletazo furioso destrozó el tronco de un sauce, abriendo una lluvia de astillas, de ramas sueltas y semillas pálidas. ¡Le faltaba el resuello! Chocó contra un helecho y se lastimó la rodilla. Cojeando, armado de otra piedra de cantos cortantes dispúsose a afrontar al enemigo ¡Le daría la batalla! Batalla... ¡de vida o muerte!

El saurópodo, medio ciego, pasó por su lado y le empujó con la parte baja del pecho, proyectándolo violentísimamente a varios metros de distancia. Cayó de espaldas, y el grito empavorecido de Melinda Kingman le sirvió de espolonazo para no desfallecer. Le dolían las piernas, la nuca, el hombro derecho... Agarrado a un tronco resinoso consiguió ponerse de rodillas y mirar con oíos velados al gigante del pantano.

Entonces, sin ruido y sin esperarlo, «brotó» un rayo rojo desde algún sector de las cercanías.

Fue un rayo rojo. Podía jurarlo. Un simple rayo en el espacio, destacando igual que el haz brillante de un reflector taladrando la noche.

El rayo «golpeó» la cabeza del saurópodo encima de la ósea frente. ¡Un salpicón de materia enturbió el aire límpido, saltando en todas direcciones! Sencillamente, había sido desintegrada.

El cuello danzante, decapitado, permaneció erguido apenas cinco segundos. Las cortas piernas se doblaron v el monstruo se vino abajo de panza, aplastándose materialmente contra la tierra. Treinta toneladas de carne y hueso en una pirámide palpitante. Su cola, latigueando, fue lo último que denotó vida y movimiento hasta algún tiempo después.

-¡Ready, querido...!

Ready Porter, aturdido aún por el velocísimo desenlace, suspiró y anduvo torpemente en dirección a la bestia agonizante. No se sentía muy fuerte, y la debilidad física corría parejas con la confusión mental. Pero, ante todo, daría las gracias a sus improvisados salvadores.

-¡Ready! ¡Estoy aquí!

Melinda, agitando los brazos, le otorgaba la bienvenida con rostro radiante. El joven trató de sonreír también. En aquel momento vio a las tres menudas criaturas de apariencia humana que los contemplaban, reflexivamente, desde el lindero de la espesura.

Sólo un estúpido se hubiese obstinado en creer, tras tan repetidas demostraciones, que todavía se hallaban en la Tierra. Podía ser cualquier lugar del Universo; pero, desde luego, no se trataba, del mundo que ellos conocían y en el cual nacieron.

CAPÍTULO V
EL SEGUNDO PLANETA DEL SOL

Los tres hombrecillos, sin denotar la menor emoción ni moverse del sitio, observaban a Ready y a Melina concienzudamente. Una observación que tenía algo de «análisis».

Por su parte, los terrestres hicieron lo mismo. Era éste un encuentro extraño, en un mundo extraño, surgiendo de circunstancias también extrañas.

El silencio había vuelto a apoderarse de la cercana jungla y del sector pantanoso. La laguna permanecía quieta, tranquila, y sus aguas aparecían removidas por algunos saurópodos y fobosucos que entraban en el fango o salían para tenderse en las márgenes y gozar de los rayos del sol.

En realidad -según pensó Ready- los tres hombrecillos no poseían nada de sobrenatural, excepto el hecho de «encontrarse allí». Permitieron, siempre inmóviles, que los dos terrestres se reuniesen y se otorgasen mutuo aliento con su proximidad.

Eran menudos. Todo en ellos se veía reducido a un tamaño minúsculo, achicado en sus partes orgánicas, pero, por lo demás, su semejanza con los seres humanos saltaba a la vista.

Poseían cabeza de constitución craneana, brazos, un cuerpo bien formado físicamente y piernas musculosas. En general, no excedían de noventa o noventa y cinco centímetros. Su rostro no presentaba diferencias esenciales con el de cualquier persona normal. Cabello, cejas, ojos, una nariz roma, boca de labios carnosos y barbilla gordezuela.

Pero iban armados. Unas armas largas, puntiagudas, a semejanza de estilizados fusiles de cuya parte trasera escapaban cables flexibles conectados con tubulares depósitos sujetos a la espalda. Ready pensó en el destructor rayo rojo y asoció los proyectiles luminosos a cargas controladas de tipo nuclear. No se equivocaba. Sus tiros poseían la destructibilidad atómica.

Vestían equipos de cristalina transparencia, y por ello no existía impedimento alguno en descubrir la perfecta formación corpórea. Pero no era tejido vítreo o fibra de cristal. Había arrugas en las partes empleadas de continuo. Más bien se inclinaba a creer que correspondía a naturaleza plástica y su finalidad -estaba seguro- radicaría en un término medio entre aislante atmosférico y aclimatación térmica.

-¿Qué esperan? -musitó Melinda Kingman apretándose contra Ready.

-No sé. Quizá se dedican a estudiarnos, del mismo modo que nosotros a ellos. Creo que no hay nada que temer. Nos han salvado la vida. Sin duda, nos consideran algo así como gigantes, en igual medida que nosotros a ellos poco menos que enanos.

-Lo son, Ready. Pequeños pigmeos de inquisitivo mirar.

-Están armados. ¿Viste lo que ocurrió con la cabeza del saurópodo? Procura no hacer gestos que interpreten equivocadamente. Nos hallamos a su merced.

-Nunca oí hablar de semejantes criaturas terrestres.

-Tal vez... porque no son terrestres.

-¡Ready!

-Sujeta los nervios. Tarde o temprano debías saberlo. Esto «no es» la Tierra, Mel. Lo sospeché al poco de abrir los ojos.

-¡Oh, no! ¡Dios mío, qué terrible experiencia!

-Hay que aceptarla como algo irremediable. Ellos son nuestra única tabla de salvación, compréndelo. Si les hemos caído en gracia, podremos obtener ayuda y sacar el mayor provecho posible de ella. Intentaré hacerme entender. Explicarles, como sea, que la estatuilla dorada fue la causante de...

-¡La estatuilla! -interrumpió Melinda.

-¿Qué te pasa?

-¡La he perdido, Ready! Había olvidado totalmente que existía...

-Pero... ¿Cómo ocurrió?

-Debí dejarla junto a la orilla del pantano, en el lugar donde bebimos. Al atacarnos el monstruo, salimos huyendo y... y no tuve tiempo para más. ¡No creerán nuestra historia!

-¡Han de creerla!

-¿Por qué? ¡Ni yo misma la considero cierta!

-Volveré a buscarla. Necesitamos esa prueba para dar verosimilitud a mis palabras. Aguarda un momento -decidió-. No te muevas de aquí y trata de ganarte su confianza. Yo voy a acercarme al pantano...

Apenas iniciado el primer movimiento en dirección a las riberas, tres fusiles empuñados por otros tantos hombrecillos apuntaron resueltamente al terrestre.

Fue un gesto elocuente, pese a su mudez. Ready sonrió, confiado, v mostró sus manos de palmas desnudas. Su ademán no sirvió de nada.

Señaló el pantano, esforzándose en hacerles entender que allí había quedado algo de suma importancia. No pudieron, o no quisieron comprenderlo.

Uno de los enanos se destacó del trío, siempre empuñando el arma y apuntando con ella a la cabeza del terrícola. Su boca se plegó en un mohín autoritario.

-«Kggspttt...» -pronunció.

Un sonido gutural, inarmónico, duro. Ready se encogió de hombros y desistió de su idea. Quizá si más adelante llegaban a un entendimiento efectivo, habría ocasión de regresar a la laguna en busca de la prueba

fehaciente.

Por el momento, la realización parecía bastante difícil. El encuentro se presentaba espinoso debido a la dificultad idiomática y a la disparidad racial.

-«Tmmssww...» -agregó en igual tono-. «Tmmssww...».

No entendieron el significado de la palabra, pero sí estaba claro, en cambio, el sentido de la orden.

Sus propósitos consistían en alejarlos de allí. Salir del sector pantanoso. Los dos hombrecillos restantes se movieron también. Uno de ellos apuntó a Melinda, que sofocó un grito aterrado. El tercero, dándoles la espalda, comenzó a caminar con pasos ligeros y rápidos.

La invitación a seguirles, aunque no formulada, fue asimilada en seguida por los terrestres.

-Ready... ¡no me dejes sola! -gimió la muchacha-. ¡Van a llevarnos prisioneros!

-Acaso no. Puede que solo nos consideren invitados distinguidos. Sus precauciones, hasta cierto punto, resultan lógicas. Confía en Dios. Parecen seres inofensivos.

Sí. Lo parecían. A esta impresión coadyuvaba decisivamente el pequeño aspecto. El hombre, mezcla de orgullo y de ambición, siempre se ha sentido poderoso ante criaturas inferiores. Un ratón, por muy maligno que sea, no logra asustarle porque el formidable tamaño humano garantiza una superioridad aplastante.

Para Ready, enorme en medio de las tres figurillas forradas de plástico, la idea de que pudiesen dominarle apenas existía. Después de todo, se trataba de pigmeos. Formidablemente armados -según constató- pero pigmeos al fin.

Anduvieron en dirección a la selva, silenciosos, dejando atrás el olor cenagoso, los chapoteantes saurópodos y el destellar del sol sobre la lámina líquida.

La caminata duró poco tiempo, minutos tan solo. Melinda, acurrucada prácticamente al amparo de Ready, fue la primera en advertir el redondo vehículo estacionado junto a un recuadro de espesos laureles, y avisó su descubrimiento presionando el tenso antebrazo del hombre.

-Nos llevan hacia aquella bola -susurró.

Era un artefacto esférico, sin aparentes orificios, totalmente liso de superficies. Ante su presencia, Ready no pudo evitar el recuerdo de las imaginarias naves interplanetarias que tantas veces vio adornando cubiertas de revistas científicas o simplemente de anticipación futurista. Pensó, en seguida, que serían recluidos en su interior. Acertó por completo.

No hicieron resistencia alguna. ¿Para qué? Estuvieron rogando y anhelando encontrar seres vivos. Habitantes racionales fuese cual fuese su

forma. Todo sería preferible a permanecer en el laberinto vegetal de la jungla o el maléfico pantano erizado de bestias salvajes.

Además, aquellos hombrecillos parecían inteligentes. Su grado de civilización no desmerecía en absoluto del terrestre y quizá, hasta lo superaba en algunas ciencias. Por otra parte -como tan frecuentemente se expresaba en los relatos de ciencia-ficción- ni eran deformes, ni causaban horror, ni, siquiera, poseían más miembros que los habitualmente afines al ser humano.

Todo se limitaba a una reducción de tamaño. A mirarlos bajo el prisma de su pequeñez. Incluso había lógica en ello. Tranquilizadora lógica.

Si aquel mundo, aquel planeta o astro desconocido, resultaba de un volumen menor al de la Tierra, la justeza científica aconsejaba, también, pobladores menores. Masa reducida, volumen pequeño, habitantes apigmeados. Todo compaginaba... entendiendo por «todo» la mínima expresión de descubrimientos obtenidos tras la salvadora intervención de los hombrecillos.

Uno de ellos -el que abría la marcha- situóse delante del esférico aparato. No gesticuló, ni emitió sonidos. Limitóse a ofrecer su presencia. Al instante, un tenue silbido pareció surgir del interior de la nave y una sección vertical abrióse velozmente, descubriendo una entrada que, en términos parabólicos, venía a ser algo así como el gajo arrancado de una naranja completa.

Ready meditó con celeridad. Paneles corredizos. Secciones móviles accionadas por intersección corpórea. Células fotoeléctricas. No podía explicarlo científicamente: pero sabía que en su mundo existían tales aplicaciones. Los enanos eran listos. Sin duda, dominaban el átomo, la termodinámica y la electrónica. ¿Dominarían, además, la navegación interestelar? Averiguarlo significaría un hito interesante.

-«Spprrrw...» -articuló, volviendo hacia ellos el rostro aniñado.

-Vamos -dijo el joven-. Nos invitan a pasar.

-¿Te atreves, Ready?

-Ahora, ya no podemos retroceder, Mel. Sonríe, por favor. Creo que no hay motivo de alarma. Dentro de poco tendremos comida, agua, y un lecho donde descansar de las fatigas. ¿No te sientes feliz?

-¿Y papá? ¿Y Sturgis? ¿Y la Tierra?

-Creo... que bastante lejos. No te atormentes, Mel. Me tienes a mí.

-Sí -ella suspiró y apoyó la frente en el atlético tórax-. Menos mal que tú existes, Ready, porque sino...

-Vamos -insistió-. Los enanos nos miran con impaciencia.

Una experiencia nueva. Un experimento loco que se produjo al conectar un muelle y mover los brazos de la estatuilla. Una aventura inenarrable y plena de supersensaciones.

Impresionante. Irreal. Fantástico como la imaginación misma. Pero cierto. Estaban allí. A bordo de la esfera. La pared se cerró. Zumbó un sonido apagado. No sintieron nada. «Adivinaron» que volaban raudamente.

El viaje fue breve. Tanto como el paseo. De nuevo volvió a deslizarse silenciosamente la abertura de acceso y uno de los pigmeos saltó a tierra. Las bocas de las armas nucleares les rozaron la espalda. Ready tomó del brazo a Melinda y salieron del alado encierro.

La esferonave yacía posada sobre una plataforma gigante, que brillaba igual que una pieza inmensa de cobre bruñido. Junto a ellos, centelleando, se abría una bóveda plástica, una cúpula inabarcable, que permitía pasar la luz solar y matizaba los ardientes rayos.

Había torres en torno. Y edificios rectilíneos. Casas blancas como el mármol, calles de un amarillo marfil y cintas rodantes, móviles, de fosforada apariencia de hueso. El cielo, muy alto, conservaba el tinte topacio. Movimiento. Vida. Inteligencia y progreso material.

No. No era un lugar como Nueva York, por ejemplo.

Ready siempre admiróse de la metrópoli atlántica. Una ciudad modernísima, vanguardista, con los edificios más altos del mundo, túneles vehiculares atravesando sus entrañas y ferrocarriles elevados. Pero aquello que veían sus ojos «no admitía» comparación.

Nueva York era un pueblo. Una población provinciana. Un conglomerado urbano levantado con cemento, vigas y ladrillo. La otra, la que ahora contemplaban, representaba mucho más. Enteramente construida de materiales brillantes, finos, espejeantes, sólidos... «maravillosos».

-«Rdddkkp...»

-Andando, Mel. Hemos llegado a la meta.

Sí. Era la meta del viaje; pero, acaso, el principio de otra aventura superlativa.

Estaban en una ciudad. La sede de los hombrecillos y quizá la capital del nuevo mundo. ¿Sería también, como en la Tierra, una forma de vida ordenada, regulada por la ley y alentada por el trabajo laboral?

Veían habitantes. Menudos pigmeos como sus guardianes, moviéndose allá abajo, ocupando las calles de aceras rodantes y calzadas amplias, lisas, que recorrían aerodinámicos vehículos. Destacaban establecimientos, tiendas atareadas y jardines cuya hermosura hacía pensar en cultivos sintéticos, donde correteaban enanos todavía más pequeños. ¿Niños? Sí. Debían serlo.

Niños con sus madres y asistentas. Orden. Urbanismo. Una sociedad subordinada a las lógicas necesidades, deberes y esparcimientos. ¿Por qué no? Muchos sabios terrestres apuntaban teorías en las que se suponía existencia anímica e inteligente poblando otros astros del Cosmos.

Todo eran hipótesis, deducciones basadas en estudios telescópicos y

espectrográficos que hablaban de atmósferas, de regímenes de vida distinta a la humana. Ellos -un macho y una hembra de la Tierra- disfrutaban con el privilegio de haber superado las teorías y contemplar la realidad.

Estudiaban aquel panorama desde la altura. Desde el metálico cohetódromo instalado a cientos de metros por encima de la ciudad, rozando la cúpula plástica y polarizante. Lo mejor para ellos era la existencia de oxígeno, que permitía asimilar el aire sin dificultad merced al aparato pulmonar de que estaban dotados. Tal vez ningún astrónomo, astrofísico o bioquímico, llegaría a suponer jamás que había un astro gravitando en una galaxia solar y en cuya composición atmosférica entraba el oxígeno con tanta riqueza.

Hasta entonces, hablóse de mundos con capas gaseosas de composición letal para el hombre. Hidrógeno, metano, amoníaco, bióxidos, helio, argón... Pero aquella tierra del espacio -estuviera próxima o lejana al mundo terrícola- contaba con oxígeno y era apta para la colonización interestelar.

-«Bdddnns...»

La autoritaria voz interrumpió sus contemplativas reflexiones. No deseaban que se extasiasen con la visión de la hormigueante ciudad. Con ademanes secos y rápidos, cortantes, los condujeron a una cabina de paredes transparentes.

Entraron. Parecía un elevador. A terrible velocidad, escuchando el gruñido del aire desplazado, se trasladaron abajo, cientos de metros hacia el fondo, cayendo vertiginosamente por el hueco pulido del rectilíneo tobogán.

-Son personas como nosotros -murmuró, medrosa, la muchacha-. Tienen sus casas, sus avenidas, sus costumbres... Y parecen asombrosamente adelantados, ¿verdad Ready?

-Sí. Lo parecen. Hasta ahora las pocas muestras que hemos advertido así lo dan a entender. Creo que podemos sentirnos tranquilos, Mel. Acaso seamos objeto de curiosidad, igual que sucedería en la Tierra si llegasen seres de otros planetas. Pero no dudo de que se nos atenderá debidamente y con justicia. ¿Estás más calmada?

-La verdad... no -confesó-. Pero mientras permanezcas a mi lado... lograré dominar el miedo. No te alejarás nunca, ¿verdad, Ready?

-Desde luego. Siempre juntos.

-Y si algún día, por cualquier medio ignoto, regresásemos a nuestra patria... ¿te olvidarías de mí?

-¿A qué viene esa pregunta?

-Me... me besaste en el pantano.

-No lo he olvidado.

-¿Tampoco has olvidado que ya no soy la «pequeña» que tú creías?

-Tampoco -ella apretó sus manos tibias en torno a la del hombre y Ready repitió-: Tampoco, Mel.

Dejaron de descender paulatinamente y el potente artilugio se detuvo. La fisonomía de la ciudad había desaparecido. Lo captaron en seguida, al desalojar el elevador.

Un pasillo largo, de paredes semejantes a la piedra de feldespato, se abría ante ellos. Luz indirecta, de tono cenital. Silencio. Ambiente preñado de misterio. Los hombrecillos les obligaron a andar, a recorrerlo hasta el final. No había puertas; pero una ligera presión bastó para materializar una entrada levadiza.

El cuarto no tenía adornos y su desnudez hería la vista por causa de la fuerte iluminación. Al fondo, pegado a un tabique mondo, pendía una especie de escalón mullido. Un camastro. O algo así.

Nada más entrar, sonó un chasquido a su espalda. La puerta levadiza, rápida y silenciosamente, acababa de volver a su primitiva forma.

Sólo muros rodeaban la celda, ya que no debía tratarse de otra cosa. Los hombrecillos no estaban. Melinda y Ready, a solas, se abrazaron y permanecieron fundidos, cuerno contra cuerpo, por espacio de algunos minutos.

-Somos sus prisioneros -musitó ella-. ¡Nos han encerrado!

-Lo esperaba. Mel. No te inquietes. Es una medida de seguridad que nada tiene de extraña. Más tarde, recibiremos noticias suyas o quizá nos lleven a presencia de algún superior. Ignoro sus procedimientos legales. Lo único que importa, lo más trascendente, es que tú y yo permanecemos juntos. La selva, el calor y el sol y las bestias prehistóricas no nos amenazan por el momento. Lástima que la estatuilla haya quedado olvidada en el pantano...

-¿Me perdonas?

-¡Claro que te perdono, chiquilla! ¿Quién iba a pensar en una cosa así teniendo la muerte a dos palmos de distancia?

-Aquel tropezón fue muy inoportuno, lo reconozco.

-¡Bah! También yo tropecé. Olvidémoslo. El presente es lo único que debe preocuparnos. Mira. Tomemos las cosas con calma -la condujo hasta el geométrico camastro y sugirió-: Tiéndete a descansar un rato. Yo te despertaré si sucede algo.

-¿Y tú?

-El suelo me basta. Me encuentro tan molido que podría dormir sobre una alfombra de clavos igual que los faquires.,¿No te hace gracia? Es una frase cómica.

Melinda sonrió y se dejó caer encima del blando colchón. Se hallaba agotada, no sólo por el cansancio físico, sino por las emociones morales también.

Esforzóse en dejar la mente en blanco. En no pensar. Hubiese acabado aturdida por el vértigo de tantos v tantos recuerdos atroces. Quería descansar inhibirse de la verdad desorbitada y fantástica, para hallar un poco de merecido reboso.

Ready se tumbó cuan largo era en el suelo. Encendió un pitillo y lo fumó, dándole vueltas en la mente a una catarata de preguntas sin respuesta. Al fin, ganado por un dulce sopor, cerró los párpados y el cigarrillo terminó de consumirse encima del piso que parecía de diamante.

* * *

Mientras los dos terrestres dormían con sueño agitado -padeciendo dolorosas pesadillas que venían a ser el fiel reflejo de su estado de ánimo- seiscientos metros por arriba del subterráneo policial, donde existían infinidad de celdas gemelas a la que ellos ocupaban, dos seres ricamente enjoyados, dos hombrecillos de la alta casta dignataria, discutían en el aposento oficial de uno de ellos con su idioma abrupto y entrecortado.

-Sólo puede tratarse de terrestres -dijo el más viejo y rugoso, echando a la espalda una colgante porción de su túnica púrpura.

-Estoy seguro de ello, doctor Gmano.

-¿Entonces...?

-Serán sometidos al proceso exploroencefálico para averiguar los secretos de su mente. Ello nos permitirá, también, conocer lo más esencial de su lengua y asimilar los rudimentos idiomáticos imprescindibles para establecer contacto verbal. Los terrestres no son cerebralmente tan aptos como nosotros y tardarían demasiado tiempo en aprender nuestra habla. Yo seré quien les salga al paso en este sentido.

-Lo encuentro juicioso y certero -asintió el doctor Gmano-. Pero si a Su Dignidad no le importa... me atrevería a sugerirle entregue sus cuerpos a este humilde vasallo de la Ciencia Genética, una vez consumado el interrogatorio, para dar cima a un experimento supremo. Su Dignidad ya sabe a lo que me refiero.

-Es pronto todavía -replicó el flaco y austero Mwesk-. Además, para otorgar tal concesión necesitaría obtener permiso previo del Gran Regidor.

-¿Ineludiblemente?

-No comprendo, doctor Gmano.

-Perdón. Su Dignidad es la máxima jerarquía policial del planeta. A nadie debe darle cuentas...

-A nadie... excepto al Gran Regidor -interrumpió Mwesk.

-Cierto. Pero el Gran Regidor, amado y venerado por todos, no es omnipotente. Un descuido, un olvido impensado, puede sufrirlo cualquiera... máxime una jerarquía tan atareada como Su Dignidad. Sería disculpado y comprendido en el caso de que, por motivos insospechados, la

captura del pantano llegase a conocimiento del Gran Regidor. Ningún daño causamos a la política del planeta ocultando a la Asamblea la existencia de los terrestres.

-En el códice penal de la Ley Planetaria se prevé castigo crematorio para la ocultación de hechos legales. ¿Es legal la detención de otros seres galácticos?

-Vos, Su Dignidad, sois el encargado de imponer semejantes castigos a los infractores, del códice penal.

-También yo puedo ser un infractor. Por lo tanto, eso no me exime de hacerme merecedor al castigo.

-¿Ignora Su Dignidad el bien que el proceso genético reportaría al planeta? Las mutaciones puras, objeto de estudio por parte de su humilde siervo, siempre estuvieron adornadas por el favor y la confianza del Gran Regidor. Lo que yo pido, señor, no es el organismo entero. La corriente vital, «la sangre» que ellos llaman, es mi petición. Devolvería los cuerpos una vez...

-La corriente vital es necesaria para que ellos no perezcan. Morirían sin ella.

-Bien. Acepto la indicación como una orden. Si Su Dignidad accede... sólo extraería «sangre» suficiente para realizar un experimento primario. Todo se limita a retardar la entrega de los cautivos al Gran Regidor por algún tiempo. Yo creo...

-No, doctor Gmano.

-La Ciencia Genética daría un paso decisivo.

-No.

-Insisto para que Su Dignidad reflexione...

Mwesk se puso de pie. Era uno de los seres más altos e impresionantes de su raza, porque sobrepasaba en varios centímetros el metro de estatura. Su rostro seco, huesudo y cadavérico, se contrajo en una mueca dura.

-La entrevista ha terminado, doctor Gmano -dijo con voz solemne.

El viejo rugoso y momificado se mordió los labios e inclinó la cabeza. Apenas lograba disimular la furiosa contrariedad que la negativa le producía.

-¿Podré, al menos, asistir a los explorointerrogatorios del proceso cerebraico?

Mwesk dudó. Su vacilación pesó como una losa en el ánimo del viejo.

-Concedido -decretó, al fin.

-Gracias, señor.

-Pero quiero saber los motivos. ¿Qué relación guarda la genética con una función meramente policial?

-Disculpable curiosidad, Su Dignidad. Eso tan solo. El planeta que «ellos» llaman Tierra resulta fascinante y atractivo en su calidad de astro

cósmico. Deduzco que igual ha de ocurrir con sus pobladores. Me encantaría lograr una asimilación idiomática de su lengua.

-¿Para hablarles?

-Tal vez.

-Los prisioneros seguirán incomunicados mientras el Gran Regidor no ordene lo contrario.

-A pesar de ellos. Ya he dicho cuáles son mis razones. No hay otras.

-Bueno. Salud, doctor Gmano.

Era la despedida. El viejo sonrió ladinamente y si Mwesk hubiese poseído propiedades telepáticas al igual que otros moradores galácticos, le habría sido fácil comprender que jamás, por ningún concepto, cejaría en sus pretensiones mutativas.

-Salud, Su Dignidad -contestó Gmano, ejecutando una reverencia y disponiéndose a salir del aposento caminando hacia atrás, sin dar la espalda al poderoso Mwesk.

* * *

Melinda Kingman y Ready Porter seguían durmiendo en su encierro. Ahora, vencida la primera fase turbadora y exaltada por imaginativas visiones, el sueño era profundo.

Descansaban. El hambre y la sed fueron derrotadas por la extenuación. Se hubiese dicho, en términos comparativos, que ni la explosión de una bomba habría bastado para despertarles.

Ello, sin embargo, no dejaba de ser inexacto. Dormían, sí. Pesadamente, sí. Pero Ready abrió los ojos de pronto, presa de un sobresalto indescriptible. ¡Alguien, «aparte de ellos», había entrado en el cuarto!

Empezó siendo un presentimiento que desazonó su sueño. Ahora, abiertos los ojos, era una certeza contundente e intranquilizadora. A su lado, moviéndose con sigilo, descubrió a cuatro intranquilizadoras criaturas que vestían uniformes azules, tratando de levantar a Melinda con el evidente propósito de transportarla... ¡de sacarla de allí! Una furia incontenible le poseyó y púsose en pie de un salto atropellado.

-¡Quietos! -rugió-. ¡Dejadla en paz, pigmeos del diablo!

Los hombrecillos, sorprendidos en su callada maniobra, volvieron los rostros de continente infantil para mirar al excitado terrestre. Los detonantes gritos les pillaron desprevenidos. Melinda Kingman despertó también y, adivinando lo que sucedía instintivamente, forcejeó contra las manos que la inmovilizaban sobre el blando camastro.

-¡«Wmmmppp...»! -chilló uno de ellos.

-No entiendo eso -vociferó Ready-. Pero puedo decir algo en contra. ¡No la sacaréis de aquí mientras yo viva!

-¡Quieren raptarme, Ready!

-¡Yo lo impediré!

Sin pérdida de tiempo, convencido de que no ganaría nada esforzándose en un inútil empeño por hacerse comprender, alargó el brazo y empujó al enano más próximo, enviándolo contra la recia pared. Aquello era una agresión en toda regla y, ante la irreflexiva actitud del cautivo, así lo consideraron los cuatro pobladores, optando por actuar en consecuencia.

-«¡Djjjmmzzz...!» -exclamó el que parecía capitanear el pelotón.

Debía de ser una orden de ataque. ¡Seguro que lo era! Al instante, olvidáronse de la despavorida joven y se pusieron en movimiento. Ready, blandiendo los puños y ganado por la cólera, no eludió el combate y cuando el primero trató de abalanzarse sobre él, le descargó un seco puñetazo en pleno rostro, derribándole con sonora y brutal violencia. ¡Sabrían lo que era un castigo duro!

-¡Cuidado, Ready! -avisó Melinda desorbitando los hermosos ojos-. ¡Estás rodeado!

Sí. Lo estaba. Por la abierta puerta levadiza, irrumpiendo en tropel, acababan de entrar en la celda varios hombrecillos más que hasta entonces permanecieron silenciosamente en el pasillo. ¡Y llevaban armas! ¡Chatas pistolas de cónico cañón! ¡Acudían atraídos por el fragor de la pelea!

-¡Venid! -rezongó el joven, disparando puñetazos con la eficacia de un experto noqueador-. ¡Tengo para todos!

El reducido ámbito de la celda se transformó en ruidoso escenario de una batalla campal. Cierto que Ready los dominaba con su altura, agilidad y potencia combativa. Cierto que era un huracán animado por las peores pasiones imaginables. Pero cierto, también, que allí habíanse congregado, en un abrir y cerrar de ojos, más de una docena de enemigos igualmente feroces y ganados por la indignación.

Dos de ellos, brincando hábilmente, saltaron sobre su espalda. Ready gruñó y tumbó a los que atacaban de frente. Antes de que lograse desprenderse de los que se aferraban a su cuello y nuca, varios más le trabaron las piernas, palanqueando ardorosamente para derribarle. Los duros nudillos, moviéndose igual que aspas de molino, despejaron momentáneamente el terreno y enviaron por los aires a tres o cuatro.

Jadeando, luchando desesperadamente y aplastado bajo la superioridad numérica, Ready fue arrinconado en un ángulo de la pared. Allí se defendió valerosamente, resistiendo sin dar cuartel las constantes acometidas de los pigmeos, parodiando el combate de un Gulliver de la Era Galáctica. Al fin, abrumado de cuerpos, cayó de rodillas. Este fue el principio del fin.

Un estallido seco y luminoso le cegó la vista. ¡Habían disparado sobre él! El alarido de Melinda todavía resonaba en sus oídos, taladrándole el cerebro, cuando se desplomó inerte. Después, todo fueron tinieblas. Un

remolino negro y sin fondo. Absorbente. Definitivo...

* * *

El grito de Melinda se deshacía en miles de ecos dentro de su cabeza cuando sus nervios, sus sentidos y su mente empezaron a dar las primeras señales de vida.

No es agradable retornar de un lugar indescifrable que bien pudo ser... el Reino de la Muerte. El terrestre aspiró una bocanada de aire fresco. Se sintió aliviado. Poco a poco, empezó a comprender cosas y sensaciones.

La habitación se hallaba impregnada de embriagadores olores. Algo que parecía incienso o cera quemada. También neón o algún otro gas semejante. Además, aspiró la presencia del éter. Estaba seguro. Y el aire fresco le recordó las inhalaciones del oxígeno puro. Sentía sus manos calientes, pero adormecidas. El entumecimiento era general en todo el cuerpo. Parpadeó. Abrió los ojos por último. No estaba solo.

-¿Dón... dónde me han traído? -preguntó con voz pastosa.

-Tranquilízate, extranjero. Nadie va a causarte daño.

-¿No dispararon contra mí?

-Sí. Electroondas paralizantes. Surtieron su efecto, pero no han dejado herida. Estás «sano».

Se incorporó, ayudado por los codos, y miró en tomo. Luz penumbrosa, diluida. Una estancia grande, sobrecargada de adornos y relieves. Frente a él, sentado, vio a un hombrecillo flaco, de mejillas hundidas y faz cadavérica.

Vestía de un modo parecido a los soberbios Césares de la Roma pagana, aunque con gran lujo de joyas y pedrería. Al fondo, alineados contra las paredes y medio desdibujados por la penumbra, descubrió buen número de soldados enanos. La ruda experiencia sufrida en la celda debió convencerle de la belicosidad agresiva del terrestre. Adoptaban precauciones.

-¿Habla usted mi idioma? -agregó Ready.

-Sí. Discúlpame si adviertes errores, extranjero. Sólo lo practico desde hace poco.

-La dicción es buena, exceptuando un ligero acento. ¿Dónde lo aprendió?

-Aquí. «Tú» me lo has enseñado.

-¿Yo? -Ready acabó sentándose-. No recuerdo...

-Hemos explorado tu mente, extrayendo lo más interesante -sonrió Mwesk-. Un trabajo fácil. Gracias a la exploración, pudimos aprender tu idioma. ¿Sorprendido?

-No demasiado. En mi mundo hacemos cosas así. Nosotros lo llamamos encefalografía. Claro que no es posible aprender un idioma; pero nos basta

para detectar lo que encierran las fibras cerebrales y comprender muchas reacciones de otros seres. ¿Puedo hacerle una pregunta?

-Todas las que desees. Estoy aquí para responderlas. Es uno de los privilegios que te concede la Ley Planetaria.

-¿Y mi compañera? ¿Qué ha sido de ella?

-Se encuentra bien -contestó Mwesk reposadamente-. Aún sigue en estado letárgico, porque ella es más débil físicamente que tú. También la sometimos al análisis exploroencefálico, con resultados óptimos.. Los informes nos han permitido saber algunas cosas nuevas sobre vuestra patria cósmica. En realidad, han servido para confirmar la mayor parte conocida desde hace millares de «golos» y advertir que el progreso evolutivo... sigue siendo lento.

-¿Cómo se llama este planeta? Bueno -añadió-. Suponiendo que se trate de un planeta...

-«Es» un planeta -asintió la máxima jerarquía policial-. Un mundo gemelo al tuyo, el más parecido que gravita en el espacio. Hasta pertenecemos a la misma galaxia y nos alumbra idéntico sistema estelar. La Estrella, que vosotros llamáis Sol, hubiese podido asarte con sus rayos de haber seguido expuesto más tiempo a su influencia. Has permanecido «cierto período» en letargo, y ello permitió que atendiésemos las quemaduras superficiales. Ahora, estás repuesto. No hay perturbaciones en tu organismo. Asimilaste pronto la alimentación dosificada y los médicos confirman su diagnóstico de vitalidad recuperada. En realidad, no hay gran diferencia atmosférica entre tu mundo y el mío. Aquí podrías vivir igual que en la Tierra. Pero no voy a ocultarte que representas un peligro cierto y del que «jamás» nos libraríamos a pesar de las curas de desintoxicación. Los humanos os habéis habituado a coexistir rodeados de gérmenes, de virus que en nada os afectan, pero que aquí, en mi tierra, serían motivo reiterado de enfermedad. No sé si me explico bien, extranjero. ¿Tú me comprendes?

Ready afirmó con la cabeza. Sí. Le comprendía a la perfección. La portentosa facilidad con que pudo aprender su idioma demostraba bien a las claras el superior desarrollo mental de las guiñolescas criaturillas.

Aparte, el terrestre iba apreciando en su interior una progresión espiritual favorable que le otorgaba serenidad y tranquilidad de ánimo. Se sentía calmado. La conversación, desarrollada con minuciosidad y reposado ritmo, contribuía a despejar temores y a familiarizarle con la increíble situación.

-Pero todavía no me ha dicho el nombre -recordó-. Siendo un planeta hermano de la Tierra, girando en el mismo sistema y perteneciendo a nuestra galaxia, ha de ser, por fuerza, un mundo conocido de los astrónomos terrestres.

-«Nuestra» galaxia -repitió con leve retintín-. El afán posesivo de los terrícolas resulta bochornoso. Creen ellos que su astro es el mejor, el más adelantado y «único» del Universo. Tú no podrás entender nunca esto, extranjero. Pero vosotros no sois lo mejor, sino lo «mediocre» del Cosmos. Incluso mi mundo, hallándose todavía en etapas geológicas formativas algunas de sus partes, ha avanzado tanto en el camino de las ciencias que bien podríamos daros lecciones en cualquier terreno...

-El nombre, por favor.

-No es mucho un nombre, en verdad. Sea. -Mwesk acarició su túnica dorada-. Nosotros lo llamamos Secundus. ¿Imaginas por qué? Yo te lo diré. Primus es el planeta más próximo a la Estrella. A ese Sol que también consideráis «vuestro». Secundus somos nosotros, precisamente por ocupar el segundo lugar en orden de aproximación al Astro Ígneo.

-¡Venus! -exclamó, alarmado, Ready Porter.

-Sí. Venus. Así sabemos que nos llaman en Tercerus, o sea... la Tierra. Venus, extranjero.

-¡No es posible!

-¿No? -Mwesk desgranó una risita zumbona-. ¿Cuál es la razón de esa imposibilidad?

-¡Venus es un mundo muerto!

-«Para vosotros». He ahí una teoría absurda, como incontables que demuestran el retraso de las ciencias terrícolas. Vuestros telescopios, vuestros estudios de observación cósmica, son imperfectos en grado sumo. Aún estáis «atrás». Tardaréis mucho en llegar al progreso del pueblo secundino, una de las razas más, inteligentes y laboriosas del espacio. No es vanidad. Nosotros desconocemos ese vano ufanarse y esa autosoberbia que afea a tu pueblo de seres pensantes. ¡Siempre guerreando, siempre en desacuerdo continuo! Estás en Venus, extranjero. Quiéraslo o no, «has venido» al segundo planeta del Sol.

-¡Me niego a creer semejante superchería! Yo no soy un indocumentado. ¿Comprende, amigo? -se encrespó Ready-. He leído mucho y hasta me ganaba la vida escribiendo en los periódicos antes de pasar por esta estúpida pesadilla. ¡En Venus no es factible la existencia! ¡Nuestros sabios lo han afirmado durante siglos!

-Vuestros hombres de ciencia, no son «sabios». Se confunden, extranjero. Confían en instrumentos cuya eficiencia es impotente ante la infinitud del Cosmos. Mientras no construyan naves y crucen el Universo en todas direcciones, persistirá su error. Hacen intentos. Luchan para vencer la atracción de su planeta. Desean escapar y ensanchar las fronteras. Suponen que han dominado el átomo, obtenido el óxido de deuterio[2] y resuelto los problemas «teóricos» del vuelo espacial. Sé perfectamente sus creencias. Las hemos recogido a través del espacio tiempo. Creen que

Secundus, «su» Venus, es un vasto desierto de polvo y arena constantemente levantada por vientos huracanados y tempestades que erosionan el suelo y lo convierten en mundo estéril. ¿Me equivoco?

-Hay algo más.

-Sí. Hay «algo» más.

-¡Mucho!

-Todo erróneo.

-No soy un técnico, pero conozco lo bastante para mantener la discusión -se exasperó Ready-. Sé algo sobre su «volumen». Viene a ser igual a unos nueve décimos del terrestre. Su órbita... -hizo memoria- su órbita es casi exactamente circular, con una «excentricidad» que corresponde a la menor del sistema planetario. La recorre a una velocidad de treinta y tantos kilómetros por segundo, cerrando el ciclo en doscientos veinticuatro días... ¿Me equivoco? -gruñó empleando el mismo tono anterior de Mwesk.

-Aprecio tus «inútiles» esfuerzos, extranjero.

-¡No son inútiles! En la Tierra sabemos «todo» lo interesante de Venus. También la «densidad» es menor a la terrestre, de modo que un objeto que en la Tierra pesase un kilogramo aquí... o sea, en Venus, apenas alcanzaría los ochocientos cincuenta gramos. Carece de satélites. ¿Puede demostrarme lo contrario?

-Eso es cierto. Carecemos de lunas «naturales».

-¡Y he leído millones de líneas sobre su atmósfera! No tiene transparencia porque las tormentas desencadenan densas condensaciones de polvo. Hay gas carbónico, hay vapor de agua... ¡Y muchas otras cosas! Se ha averiguado que grandes cadenas montañosas cruzan su superficie. Que abundan los pantanos. ¡Pero Venus es un mundo árido y desprovisto de vida!

Mwesk, sin perder su apacibilidad, le escuchaba condescendientemente. Flotaba una sonrisa burlona en su rostro flaco. Cuando Ready dejó de hablar, y le envolvió en una mirada rencorosa, musitó:

-Los científicos terrestres «sólo» conocen nuestras capas atmosféricas del exterior. Sus telescopios son impotentes para atravesarlas. Esas capas superiores, que nosotros llamamos protectoras, nos sirven de disfraz. Mientras no se acerquen con sus naves, Venus seguirá siendo un misterio para ellos, porque la densidad gaseosa impide la exacta exploración telescópica.

-¡No!

-¿Cómo crees que has llegado a Secundus? ¿Acaso podrías explicarlo?

-«Puedo» hacerlo.

-No. «Crees» poder hacerlo.

-Ocurrió todo por causa de una figurilla...

-Ya lo sé -interrumpió el tranquilo Mwesk sin elevar la voz-. Lo sé «mejor» que tú. Recuerda el método exploroencefálico al que os hemos sometido. No han quedado secretos por revelar. Ignoro si lo mereces. Tu cerrada forma de razonar me contraría; pero trataré de aclarar tus dudas -hizo una pausa, durante la cual Ready enjugóse el sudor que perlaba su frente con el dorso de la mano-. Lo que llamas figurilla -continuó, despacio- es la reproducción en metal de la diosa Jowa, nuestro símbolo del Espacio Exterior. El metal, «secundo» puro extraído de las minas polares, abunda pródigamente en nuestro planeta, al igual que el hierro en el vuestro. Supongo que, de conocerlo, le pondríais de nombre «venusio», dada la relación que existe entre nuestra designación secundina y la vuestra de Venus. Pero, en realidad, el metal y la diosa no son más que la envoltura, el adorno, del contenido electromecánico que encierra. ¿Conoces la teleportación? Los «sabios» terrícolas se afanan en lograrla por medios mentales. Sueñan en teleportar sus cuerpos a todas las distancias y a todos los espacios con un esfuerzo del pensamiento. Nosotros, con estudio y paciencia, hemos encauzado ese «pensamiento», ese poder mental, por caminos técnicos; de forma que la teleportación se produzca por sistemas físicos, sin agotadoras superconcentraciones cerebrales. ¿Lo entiendes, extranjero?

Ready se sentía anonadado, hundido. Apenas logró balbucear un débil «sí». ¡Aquello era superior a todas las fantasías! ¿Cómo reaccionaría Melinda cuando lo supiese? ¡«Estaban» en Venus!

-Nuestros pilotos del espacio acostumbran a llevar teleportadores. Es un medio de garantizar su regreso. Les basta pensar en Secundus, en su violento retorno a la patria, para sentirse teleportados nada más accionar el contacto que, en este caso, actúa al unirse los brazos de la diosa. El fenómeno que os trajo aquí, seguramente, fue originado por la «falta de pensamientos». Vosotros no deseabais nada. El teleportador, «actuando por rutina», devolvió los seres que accionaban su mecanismo al mundo de origen, en este caso concreto, Secundus -Mwesk sonrió y se tomó medio segundo de descanso-. Ya he dicho que la figurilla de «venusio» es sólo una envoltura. Dmeo Bpaa, el espacionauta, se sintió enfermo mucho antes de llegar a la galaxia que designáis como Vía Láctea. Venus estaba lejos. La Tierra cerca. Nunca debió descender allí, porque ello contraviene las más severas órdenes. Nosotros «no queremos» tratos con los terrestres. Pero la enfermedad debió ganarle... y perdió la dirección de la nave. Cruzó la atmósfera y se posó en un lugar apartado del planeta. La presión, la densidad gaseosa, cualquier otro factor planetal o, tal vez, una imprevista avería atómica que no delataron los magnocontroles, actuó de deflagrador... ¡y la nave se deshizo en fragmentos! Supongo que vuestro pobre mundo conservará huellas de la explosión.

-Sí -dijo Ready-. Los científicos dijeron que un meteorito estalló en las Black Hills... ¡Un meteorito, Dios mío!

-Los científicos terrestres no son «sabios» -repitió complacido y modulando cada sílaba exactamente.

-Pero... Nosotros...

-La estatuilla de «venusio» saldría despedida por los aires -concluyó Mwesk-. Vosotros la encontrasteis, y ganados por la terrible curiosidad humana, conectasteis el mecanismo. Así llegaste a Secundus, extranjero ignorante. La teleportación os trajo. Caísteis en la zona subtropical, una parte constantemente expuesta al feroz martilleo de la Estrella... el Sol. Nuestro planeta es más «joven» que la Tierra en algunos lugares. La proximidad solar impide el normal enfriamiento de la corteza superficial como ha ocurrido, poco a poco, en tu mundo. Por ello, en la zona subtropical, subsisten formaciones geológicas que en la Tierra desaparecieron sepultadas por el paso de los «golos». No sé sí lo has comprendido bien -suspiró-. He puesto mi buen deseo en todas las explicaciones, extranjero.

-Gracias -musitó Ready-. Gracias de veras.

-La entrevista ha terminado -agregó, lento, Mwesk-. Esperaréis, a comparecer ante el Gran Regidor, que dictará su sentencia final. Eso es todo. Salud, extranjero -se despidió puesto de pie y arrebujándose en la amplia túnica dorada.

CAPÍTULO VI
EL TEMERARIO READY

Melinda Kingman parecía impotente para superar el asombro que las palabras de Ready habíanle producido. Miraba al joven con ojos desorbitados, brillantes, en los que se reflejaba el horror y la desesperación de su ánimo furiosamente azotado por la sorpresa.

-Qué... qué será de nosotros? -preguntó al fin, posando sus manos frías en las de Ready Porter.

-Lo ignoro -contestó él, crispando el duro rostro-. Ese Gran Regidor, a quien supongo algo así como un presidente, rey o emperador, dictará la sentencia final. ¡La sentencia! ¿Es que somos criminales para que se nos tenga que sentenciar?

-¡Estamos perdidos! Nos condenarán, ¿verdad, Ready?

-Pues... creo que sería infantil alimentar excesivas esperanzas. El sujeto de la túnica dorada no dijo nada en concreto respecto a nuestra suerte. Pero en cambio, habló más de la cuenta sobre la facilidad de los seres humanos para asimilar gérmenes sin que dañen su organismo. Nosotros, habituados a este tipo de agentes microparasitarios, los resistimos perfectamente; mas no ocurre lo mismo, según sus palabras, con los venusianos. Temo que aunque sólo sea estudiando nuestro caso bajo el punto de vista sanitario, representamos un peligro demasiado grande para soñar que dejarán de eliminarlo,

-¿Entonces...? -los ojos de Melinda delataron pánico al formular la incompleta pregunta.

-Nos matarán -replicó Ready concisamente.

-Pero... ¡Pero eso es inhumano! -sollozó la muchacha-. Nuestra presencia no les causa ningún mal...

-Ellos creen que sí.

-No hemos venido por propia voluntad. Que nos devuelvan a la Tierra. ¡Eso es lo que debían hacer! Somos inocentes, Ready. Inocentes de todo punto. Encima de la desgracia que representa hallarnos lejos de nuestro mundo, resulta cruel que nos sacrifiquen igual que bestias dañinas.

-Te aconsejo que no pierdas la cabeza, Mel.

-Es fácil de decir. ¡Yo no me resigno a la muerte! ¡Ahora, precisamente ahora que nos hemos conocido, que nos amamos y tenemos derecho a ser felices...! ¡No, Ready! ¡Ha de existir un medio!

-Bien -Ready cerró los puños con rabia-. Posiblemente existe.

-¿Cuál?

Anhelosamente, respirando con ansiedad por las dilatadas fosas nasales de su naricilla afilada, Melinda aguardó la respuesta. Era penosa. Penosa y... temeraria. Ready lo sabía.

La solución desesperada, la que se elige cuando ya no parecen quedar recursos, resultaba tan vieja como el mundo. El camino supremo al que apegan todos los seres -incluso los animales acorralados- al entrar en ese momento atosigante y maldito que parece cerrar hasta la última puerta o resquicio salvador.

-Hay que huir -masculló el hombre-. Éste es el medio.

-¿Huir? -Melinda Kingman se extrañó por la insólita contestación-. ¿Huir? ¿A dónde, Ready? ¿Conoces algún lugar en éste enloquecedor planeta donde tú y yo podríamos vernos libres de amenazas? Es poco lo que hemos visto desde que despertamos en la jungla. ¡Poco y horrible! Una sentencia inapelable pesa sobre nosotros y nunca podremos eludirla. ¿Para qué afanarnos en huir? ¡Que sea lo que Dios quiera!

-Eso es derrotismo, Mel. Y si acertamos la derrota de antemano, te juro que entonces sí habremos firmado tácticamente nuestro fin. Has pedido mi opinión. ¡Ahí la tienes! ¡No hay otra escapatoria! Soy un hombre. ¡No me dejaré vencer! Tengo responsabilidades sobre ti y un deber moral como terrestre. Ellos se proponen matarnos No me cabe duda de que su cortesía y hospitalidad finalizó al terminar mi entrevista con el tipo de la túnica. Sí. ¡Es espantoso! -dio un manotazo al aire, colérico-. ¡Produce escalofríos saberse en capilla, porque de un momento a otro puede sonar la hora del ajusticiamiento! Pero nosotros, como tú misma reconoces, no somos criminales. El delito cometido es de una inocencia estúpida. «Algo» que nos trajo aquí contra nuestra voluntad. Esa estatuilla, esa diosa de «venusio», nos teleportó a Venus. Ni tú ni yo tuvimos participación concreta en el hecho. Sencillamente, la estatuilla llegó a poder de tu padre, conectamos un muelle y... ¡de cabeza a la locura! Bien -jadeó-. Piensa lo que prefieras, pero yo voy a hacerte una pregunta: ¿Tenemos o no derecho a buscar la salvación «como sea»?

-De veras, Ready. ¿Es nuestra salvación una huida precipitada e incierta?

-Eso pienso yo.

-Conforme -Melinda improvisó una valiente sonrisa y suspiró hondo-. Iré donde tú me lleves. ¿Cuándo escaparemos?

-A la primera ocasión. Supongo que se presentará nada más nos saquen de este encierro para llevarnos a presencia del Gran Regidor. ¡La aprovecharemos!

-¿Qué ocurrirá una vez libres?

-No lo sé -Ready se alzó de hombros-. No lo sé, con franqueza. Allá arriba vimos una ciudad, ¿recuerdas? Una ciudad inmensa y superpoblada. ¡Habrá mil sitios donde cobijarnos!

-Me da fe oírte hablar así. Reconforta saber que alguien no se siente tan... apabullado.

-No te pido más. Un poco de fe y otro poco de suerte es lo que necesitamos para lanzarnos a la aventura. Quizá falle. Quizá salga mal y nos acosen sin piedad, tendiéndonos innumerables trampas. Pero lucharemos. Nos defenderemos por todo y contra todos. ¡No será fácil que vuelvan a atraparnos!

-Y si lo hicieran... -Mehnda se abrazó impetuosamente a él-. Y si lo hicieran -repitió junto a su oído- quiero pedirte que... que no me cojan con vida.

-¡Mel, criatura!

-Te lo suplico. Si al fin hemos de morir los dos... quiero que sea juntos. ¿Lo prometes?

Ready se mordió los labios. ¡Dichosa situación! Las manos de ella se clavaban en su espalda con fuerza y notaba los convulsos sollozos que estremecían su pecho.

-Prometido -gruñó con voz ronca-. No te cogerán viva... pequeña.

Estaban en Secundus o -como decían en la Tierra- en el neblinoso y polvoriento Venus. Éste era su inescrutable destino que nació contra todo evento, aplastando deseos, brotando de un simple objeto áureo. Melinda lloraba. El cielo entero parecía deshacerse en pedazos sobre sus cabezas para sepultarles en un averno infernal.

Pero Ready habíala llamado «pequeña». Igual que en Sturgis, en la tienda atiborrada de Ben Kingman. Igual que cuando ella soñaba en un sentimental y romántico imposible. ¡Sería hermoso morir, porque la muerte llegaría junto al hombre amado!

Allí permanecieron, mudos ahora, estrechamente abrazados. Sí, la Providencia tiene golpes de efecto muy curioso, insondables.

Ready fue a obtener unos dólares de préstamo para Thomas Buller, el amigo aficionarlo a apostar. ¿Quién iba a decirle que poco tiempo después abrazaría a la linda muñequita del viejo Kingman en la siniestra quietud de un calabozo venusiano?

Rechinó los dientes. Un ardor combativo y despiadado le envenenaba la sangre. ¡Quería acción! Acción desatada y vertiginosa, como la que le imprimía a sus dinámicos artículos deportivos. ¡Pobres hombrecillos! ¡Cuán mal lo iban a pasar cuando les cayese encima aquel furibundo huracán llamado Ready Porter!

Pero... ¿y si todo salía lamentablemente torcido? Había que pensar en los inconvenientes, en las muchas dificultades que se opondrían a la libertad. Vivían en un mundo extraño, donde todo les resultaba abrumadoramente hostil.

Reflexionó, sintiendo junto a su rostro el cálido terciopelo de las mejillas de Mel. Hizo un intenso esfuerzo mental, tratando de recordar la reciente conversación con Mwesk, a quien designaba por el «sujeto de la

túnica». ¿Qué fue lo que dijo sobre el planeta? No mucho, en verdad.

Al parecer existía una zona subtropical, de superficie cuarteada como en las remotas eras prehistóricas e igualmente poblada por monstruos que un terrícola vulgar habría calificado de antediluvianos. Aquella zona, constantemente abrasada por el Sol, no estaba lo bastante «fría». Desechó el sector como futuro refugio.

También habló de las áreas polares, lugares posiblemente habitados, en donde existían ricas minas de «venusio», el metal durísimo y parecido al oro. Tampoco era un sitio agradable para buscar asilo. Decididamente, por lógica eliminación entre los escasos factores conocidos, la ciudad representaba el más apetecible bocado.

Callea, avenidas, plazas... Edificios de todo género. ¿Y por qué no? Allí, tal vez tardarían en localizarles. ¡Seguro! Un hombre inteligente puede encontrar numerosos agujeros en donde esconderse por algún tiempo. ¿Cuánto? Un día, dos, una semana... ¡Al diablo las reflexiones! ¡Desmenuzando su plan de huida acabaría hallándolo descabellado!

Era preferible afrontar la realidad a secas, como viniese. Ya superarían los escollos sobre la marcha. Además, uno siempre debe contar con los imponderables, porque son decisivos dentro de toda acción ilógica. Quedaba la ilusión. Ese estímulo que no muere y transmite confianza en el éxito. ¿Por qué no ocurrir un milagro? ¿Quién podía negarle que, una vez fuera del encierro, su libertad de acción se vería centuplicada?

Presos como ratas jamás llegarían a ningún sitio... excepto a la prometida sentencia del Gran Regidor. Pero sueltos, dueños de sus actos y dispuestos a afrontar cualquier género de dificultades... ¡siempre tendrían a su favor un tanto por ciento elevado de la espinosa victoria! ¡Y Ready Porter, acaso por saberla tan necesaria, confiaba en la victoria!

Seguían abrazados. Cuerpo con cuerpo y corazón con corazón, latiendo al mismo compás. Ready había llegado a su conclusión final y no pensaba variarla. Huirían aprovechando la mínima oportunidad. Cosa decidida.

Fue entonces, al cerrar tan irrebatible decisión, cuando un leve sonido brotó a su espalda. Era un siseo. Un suspiro apenas. ¡La abertura levadiza entraba en acción para franquear el paso a sus carceleros! ¿Sería, por ventura, la deseada oportunidad?

-«Bsssddd...».

Melinda tembló y separóse como si alguien acabase de aplicarle un hierro al rojo blanco. ¡Los nervios habíanse apoderado de ella! Ready la miró a los ojos, agudamente, recomendándole calma con imperiosa exigencia. ¡No debía delatar por ningún concepto lo que sentía y cuáles eran sus inmediatos propósitos!

-¡Domínate, Mel! -musitó fríamente.

-Ya lo intento, pero...

-¡Es necesario! ¡Nos va la vida en ello!

-Sí, querido -bajó la cabeza y sofocó un lamento-. Sí...

-«Bsssddd...»

Los hombrecillos. Los venusianos vestidos de azul... ¡y con armas! Ya los tenían allí.

Prestos a trasladarlos. A otorgarles celosa escolta en su recorrido. Enviados para llevarlos a presencia del Gran Regidor. Quizá algo peor. ¡Dispuestos a conducirlos hasta el patíbulo!

Ready se puso de pie lentamente, dominándoles con su elevada estatura que, por contraste, resultaba sencillamente gigantesca. Eran seis.

Media docena de pigmeos uniformados de azul y armados con las chatas pistolas de cónico cañón que disparaban electroondas paralizantes, metidas en sus fundas de un blanco mate que recordaba el nylón. Las caras infantiles no expresaban nada. Perfectos e inescrutables soldaditos. Tal vez aguardarían más en el pasillo. Ahora no estarían dispuestos a tolerar sorpresas.

El que parecía asumir la dirección del pelotón habló de nuevo con su idioma rápido y jadeante. Ready, como siempre, no entendió su significado; pero los gestos eran suficientemente elocuentes y expresivos. Les ordenaban salir. Abandonar la celda. Iban a ponerse en camino hacia... ¿Hacia dónde, Dios mío?

-Vamos, Mel -resolvió-. Y no pierdas la serenidad.

-¿Lo... lo haremos ahora? -murmuró.

-Todavía no. Aquí nos cazarían sin remedio. Aguarda mi señal y entonces... ¡actúa como un rayo!

-Tengo miedo, Ready.

-¡Yo también, diablos! ¡Maldita sea la diosa Jowa!

Salieron al exterior y la entrada levadiza, en silencio, fundióse en la pared de aspecto feldespático. Había más hombrecillos en el pasillo. Otra escuadra militar de seis. ¡Doce enemigos! meditó Ready.

La escolta se colocó delante y detrás de los prisioneros. Prácticamente, quedaban taponadas las posibles brechas. Se pusieron en marcha, caminando por el estrecho callejón del pasillo. Nadie hablaba. El redoble del calzado al pisar el suelo poseía algo de tétrico, de psique fusilatorio. La mano de Melinda, húmeda de sudor, oprimía nerviosamente la del terrícola, ¡Condenados! ¡Condenados por un despótico juez de Venus!

Al fondo, bañada en luz brillante, veíase una replaza. Un rellano circular, de paredes transparentes. Hacia allí encaminaron los pasos. Ready comprendió en seguida que se trataba de la antesala de un elevador. La cabina estaba cerca, a la derecha. El Gran Regidor habitaría un regio palacio en las alturas, lejos del subterráneo policial. Los subirían hasta la superficie, otra vez a la ciudad cristalina y maravillosa.

-Escucha, Mel -dijo sin apenas mover los labios, solo para ella-. Cuando yo te oprima el brazo será la señal...

-¿Ya?

-Ssss... ¡No eleves la voz! -cuchicheó-. Atiéndeme: Si la cabina no es lo bastante amplia, temo que realizaremos dos viajes. Ello los obligaría a separarnos. En tal caso no intentaremos nada, porque conviene que vayamos siempre unidos.

-¡Sí, Ready! ¡No me dejes!

-Cálmate -insistió él-. La ocasión se nos ofrecerá elevándonos todos al mismo tiempo.

-¿Lo has pensado bien?

-No quiero pensarlo -confesó-. Las barbaridades, si se piensan demasiado, nunca se hacen Y esto -¡Dios lo sabe!- es una barbaridad colosal. Vamos a forzar la suerte y a confiar en que Él nos ayudará a lograrlo. Una vez dentro del elevador, los venusianos no podrán mantener su formación. Nos encontraremos, por así decirlo, un poco apelotonados. Cuando lleguemos al destino será el mejor instante.

-Es... es muy arriesgado, ¿verdad?

-Puede. No me importa. Lo único que deseo es verme libre cuanto antes de su molesta vigilancia. No tengo paciencia para aguardar otra oportunidad más favorable. Además, un ataque en condiciones absurdas, posee la ventaja de lo inesperado. Los sorprenderemos. Recuerda: Yo te oprimo el brazo y tú... ¡lánzate a correr!

-Ready...

-No digas nada. Sé lo que sientes... porque yo estoy en las mismas condiciones.

-Rezaré por los dos.

-Hazlo. Y pon toda tu fe en ello...

La replaza. Habían llegado. La escuadra delantera se detuvo.

Era una jaula idéntica a la que los llevó a los subterráneos varios días antes. Días... ¿o meses? ¡Quién podía saberlo! Lo único concreto que existía en cuanto al tiempo era la versión del «sujeto de la túnica» y sus palabras explicatorias sobre el proceso exploroencefálico.

Al deslizarse el panel frontal, entraron todos. No podía decirse que cupieran holgadamente, pero, en realidad, tampoco estaban tan apretujados como Ready se había atrevido a suponer.

Un zumbido. El aparato inició la velocísima ascensión, desplazando masas de aire que gruñían sordamente en torno. Silencio. Pero no un silencio corriente. SILENCIO superlativo.

Melinda y Ready sentían el golpeteo atroz del corazón y el retumbar del pulso en las sienes. Se dirigieron una mirada rápida, cargada de complicidad y esperanza, por encima de las cabezas que los rodeaban.

Doce hombrecillos. Doce enanos armados y fieles cumplidores de su deber. Ready tragó saliva. ¡Decrecía la velocidad! ¡Pronto llegarían!

-Querido... -musitó ella.

-Suerte -respondió el hombre formando la palabra con los labios pero sin articular sonidos.

-Suerte -repitió Melinda de igual modo.

Un gurguriteo agonizante de aire comprimido. La cabina se detuvo. Fin de trayecto. Sin chasquidos, mágicamente, el panel deslizóse a un lado.

Ready, de puntillas, estiró el cuello y lanzó una ojeada ansiosa al exterior. Un pasillo estrecho y largo, igual que el del subterráneo. Y como el otro... ¡vacío!

La alegría le subió, incontenible, por el pecho y estuvo a punto de escapársele por la garganta en forma de sonoras exclamaciones. Era una locura lo que se proponía, pero... ¡qué sublime locura la de aspirar a ser libre! Entonces, disponiéndose a tomar impulso, oprimió el brazo de Mel por arriba del codo y...

-¡Corre! -gritó.

Melinda estaba aturdida y no alcanzó a darse exacta cuenta de lo que ocurría. Sólo vio un remolino de cuerpos, una especie de hilera de dominó derribada desordenadamente. ¡Tenía el paso libre!

Saltó por encima de los caídos y corrió locamente pasillo arriba. ¡Cualquier dirección era la buena! Una férvida oración hacía temblar sus labios de fresa y palpitaba en lo más puro del alma.

-¡Protégele, Señor! ¡Protege a Ready!

El terrícola, actuando como en una brutal «melée» de rugby, había empujado salvajemente a los venusianos situados delante. Su endeble constitución hizo que saliesen despedidos con violencia, estrellándose contra el suelo... ¡y dejando vía libre a Melinda! Luego, revolviéndose con furia homicida, arremetió contra los que todavía quedaban dentro del elevador. ¡Había ocurrido tan rápidamente que nadie pudo repeler el arrollador e imprevisible ataque!

Manos, hombros y rodillas sirvieron al terrestre para aplastar a los pigmeos cuyas cabezas resonaron lúgubremente al entrar en contacto con la dura pared. ¡Los barrió igual que una ciclópea escoba animada de vida!

Unos cayeron de espaldas otros, chocaron entre sí, se desplomaron abrazados. En todos los ojos reflejóse el pasmo y la desorientación producida por la ruda agresión. Fuera de combate... ¡por el momento! ¡Victoria...!, ¡y a correr en pos de Melinda! ¡Ésta era la imperante consigna a seguir!

Tres o cuatro de los que habían aterrizado en el rellano comenzaban a ponerse de pie. Su primer impulso -¡cómo no!- fue llevar las manos a las pistoleras para empuñar las armas de electroondas paralizantes. Ready se

plantó ante ellos de un olímpico salto y comenzó a usar las piernas con la contundencia de un consumado as futbolístico.

La reducida talla de los venusianos convirtió el ataque en un ejercicio sencillo. El primer puntapié, certeramente aplicado en la mandíbula de uno de ellos, lo envió rodando a varios metros de distancia. Otro, con la pistola a medio desenfundar, recibió un golpe seco con la punta del zapato y se desplomó, abierto de brazos, sin exhalar ni un quejido. Dos más trataron de sumarse a la pelea y Ready unió sus cabezas de un manotazo, haciéndolas entrechocar lo mismo que un billarista en formidable carambola. ¡Anulados!

-«¡Kmmmppp...!» -gritó alguien.

El joven giró ágilmente, rubricando la exhibición balompédica contra pelotas vivas. Otra pareja midió el suelo violentamente. En torno al infatigable y gigantesco diablo se esparcía un revoltijo de cuerpecillos tendidos, dolientes y atemorizados.

No era momento para extasiarse con las mieles del triunfo. ¡Al contrario! Cada segundo pesaba decisivamente y contaba como factor primordial de la fuga. Lamentó de veras no poder quedarse a contemplar el espectáculo. Mientras durase su desmoralización dispondría de tiempo. Debía ganar terreno y sumirse en el dédalo de la urbe antes de que superasen el actual confusionismo y diesen la alarma. ¡La alarma!

¡Todo el planeta se conmocionaría al saber la noticia! ¿Acaso les otorgarían ocasión de ocultarse? Sacudió la cabeza y echó a correr, riendo entre dientes. Melinda, temblando de ansiedad, le esperaba en el recodo del pasillo.

-¡Ready! ¡Has vencido! ¡Ya somos libres!

-No cantes victoria tan pronto, cariño -dijo él, asiéndola del brazo-. Ahora... ¡a volar! ¡Salgamos pronto de este siniestro pasillo!

CAPÍTULO VII
PERSEGUIDOS

El pasillo terminaba en una larga y ancha rampa, parecida a un pulido bloque de material cristalino, que recordó a los terrestres las pendientes de entrada a un garaje.

Jadeantes y sofocantes se detuvieron para recuperar el aliento. Al fondo, perdido en la distancia, reinaba un silencio tan intenso como alarmante. Extraño.

-¿Los mataste a todos? -preguntó Melinda sobrecogida.

-¡Oh, no! Les trituré un poco las mandíbulas y machaqué algunos huesos. Pero nada más.

-Debían perseguirnos, ¿verdad? Ese silencio...

-Ese silencio no augura nada bueno. Lo presiento. Quizá la persecución no entra en las normas de este fabuloso mundo; pero apuesto mi máquina de escribir a que ya han dado la alarma a sus jefes y pronto empezará el acoso. ¿Te imaginas una caza feroz en la que nosotros vamos a desempeñar el papel de víctimas? ¡Bah! -agregó-. Prefiero que no imagines nada. Estamos libres. ¡Libres, Mel! Ahora hay que conservar la libertad... ¡a toda costa!

-¿Por dónde empezamos la huida?

-Vamos a descender la pendiente. Quizá desemboquemos en alguna avenida, ¡Atención a los pasos! ¡Hay que andarse con pies de plomo!

-Tú eres mi general, Ready. ¡Guíame!

Melinda se hallaba entusiasmada con el nuevo giro dado a la situación. Pobrecilla. ¡Había sufrido tanto en las últimas horas! Cualquier cosa con ribetes de liberación representaba para ella la felicidad. Una felicidad ganada a pulso. Con sudores de sangre.

La rampa cristalina, de una lisura resbaladiza, se perdía camino de la superficie. Era la salvación y Ready se sentía seguro del presentimiento. La siguieron, pues, pegados a las pulidas paredes, sin abandonar las precauciones. Por fortuna -¡una fortuna loca que se afanaba en protegerles!- el camino continuaba desierto. Ni un alma a la vista.

Aquello empezó a molestar al joven y le indujo a temer que quizá el rumbo elegido no era el más indicado. Notaba un tufo raro, húmedo, que parecía brotar del fondo. Percibía un olor a líquido estancado. A cieno.

-¿Hueles? -preguntó Melinda.

-Sí. Acabo de darme cuenta. Se me está ocurriendo una teoría.

-¿Cuál?

-Esta pendiente bien podría ser una superficie de lanzamiento por el lado opuesto, ¿no? Algo así como un medio de realizar botaduras de barcos. ¿Qué opinas?

-Creo que tienes razón. Puede... que haya un lago al final de este camino. Un lago... o un pantano.

Ready captó el trémolo de su voz al nombrar el pantano. Las horribles visiones de los saurópodos todavía permanecían frescas en su imaginación y la perspectiva de volver a encontrar semejantes monstruos la transfiguraba de inmediato.

-¿Y si retrocediéramos...? -empezó ella.

-¡Ssss...!

-¿Qué ocurre?

-Presta atención -Ready contrajo el rostro en una mueca alerta-. ¡Maldita sea!... Ya me extrañaba que nos saliesen tan bien las cosas. ¡Alguien se acerca por detrás... y sólo puede tratarse de quien nosotros sabemos! Han encontrado la pista y corren a atraparnos. ¿Oyes los pasos?

-S...sí. ¡Ya vienen, Ready!

-Muy bien. Eso nos evita tener que desandar el camino. Adelante, Mel. Seguiremos mientras nos sea posible avanzar. ¡Apresúrate!

El temor a lo desconocido paralizaba a la linda muchacha. A su espalda, distante pero perfectamente audible, resonaba el tropel de desordenadas pisadas. Los hombrecillos vestidos de azul les iban en zaga y si las circunstancias adversas determinaban que volviesen a rodearles, ahora no les otorgarían contemplaciones de ningún género. Dispararían primero y preguntarían después. Ready resolvió la pasiva actitud de Melinda empujándola suavemente por los hombros.

-¡Dame la mano! ¡Y corre con toda tu alma!

-¡Espera! -pidió ella.

-¡No pierdas tiempo, Mel! ¡Están al llegar!

-Un segundo -mirando hacia atrás con pupilas temerosas, se descalzó y conservó los zapatos en una mano-. ¡Lista! -dijo-. ¡Ahora puedo igualar tus zancadas, cariño!

-¡Vamos!

Tiró de ella y avanzaron a buena velocidad. Ready comprendía que la carrera, aparte de permitirles mantener la ventaja inicial, haría mucho bien a la muchacha, ya que la excitación de la huida impediría que meditase con calma sobre lo apurado de su aventura.

Aquellos bruscos cambios psíquicos, de la ilusionada alegría a la tristeza más amarga, la sumergían en un mar de confusiones y lo que menos deseaba en tan críticos momentos era que ella, quebrándose al fin en toda su fragilidad, diese libre escape a sus pesares. Necesitaba que mantuviese íntegra la serenidad y, a ser posible, una resistencia física ilimitada. Él, por su parte, ya haría lo posible para conservar ambas cosas.

Corrieron, pues, a lo largo de la pendiente, coronándola. No se habían equivocado y muy pronto advirtieron que la humedad llegaba del fondo.

Tal vez no se trataba exactamente de una rampa de deslizamiento náutico; pero poseía características concretas que la definían como embarcadero subacuático.

Al término de la misma destacaba un muelle de inmensas dimensiones. Un puerto enorme, construido por debajo de la superficie, formado por sucesivas ensenadas y rectilíneos diques.

¿Diques? La luz que alumbraba las esclusas parecía solar, aunque tal vez no procediese directamente de la cúpula polarizadora, ya que sobre sus cabezas, a gran altura, las cubría un techo de masa fosfórica.

También vieron alargadas plataformas de material brillante, que Ready asoció en seguida con embarcaciones de distintos tipos. Lo más asombroso era que no se descubría gente en torno. Aquello estaba desierto. El momento no ofrecía ocasión para detenerse e hipotetizar, así que los terrestres aceptaron las cosas tal como venían y rechazaron adentrarse en honduras deductivas.

Pegados a una gruesa pared continuaron camino adelante, dirigiendo furtivas miradas a su espalda, donde persistía el sonido de pisadas pero todavía no destacaba ninguna silueta.

Al fondo, justo en el lugar que ocupaba el gran muelle, empezaba un canal nutrido por las aguas que Ready supuso traerían desde lugares apartados, y nivelarían valiéndose del sistema de esclusas.

Una idea repentina germinó en su mente. ¿Cómo no se le ocurrió antes? ¡Tal vez lograría crear una pista falsa poniéndola en práctica sin pérdida de tiempo!

Se veía un acceso al muelle no lejos de donde se hallaban. Era un pedazo pétreo escalonado, al pie del cual permanecían varadas varias embarcaciones. Les dedicó una ojeada rápida, advirtiendo la colocación a popa de un minúsculo mecanismo. Debía tratarse del motor. La idea tomó cuerpo y le impulsó a adoptar una veloz decisión.

-¿A dónde vas, Ready? -preguntó Melinda.

-A poner en marcha una de esas zapatillas flotantes. Si logro accionar el motor antes de que lleguen los venusianos, todos pensarán que hemos continuado la huida a lo largo del canal. Nos buscarán por ahí, mientras nosotros salimos de este laberinto en dirección opuesta. ¿Qué tal?

-Magnífico.

-No te muevas de aquí. Volveré en seguida.

Ready se encaminó a la escalera, la descendió de dos ágiles saltos y subió a bordo de la embarcación más próxima. El cabeceo que se produjo al abordarla le obligó a asirse a los laterales. Examinó el motor nerviosamente, mientras las pisadas adquirían notable resonancia y se percibían ya entremezcladas con voces ininteligibles. Sí. Efectivamente parecía el motor, pese a su aspecto de bombonera caprichosa.

Una palanca corta y curvada destacaba al frente. ¿Mandos de dirección o puesta en marcha? También había un botón rojo, abultado. Decidió probar suerte y oprimió el botón. Después, seco, tiró de la palanca.

El mecanismo chascó, brotó un rugido áspero y la nave dio un salto tan súpito que Ready solo tuvo medio segundo para saltar por la borda y posar los pies en el último peldaño de la escalera. ¡Bien! ¡Ya estaba hecho!

La «zapatilla» se alejaba raudamente en dirección al canal, dejando a popa un revuelto surco de espuma y atronando la inmensa bóveda con el acento aleonado de su motor. A juzgar por la potencia debía tratarse de un ingenio atómico. Cuando los perseguidores oyesen el estruendo y descubriesen la raya abierta por la proa en la límpida superficie líquida, morderían el anzuelo y creerían de buena fe que los fugitivos se encontraban a bordo.

Ascendió la escalera y corrió hacia donde Melinda le aguardaba retorciéndose las manos de impaciencia.

Iba tan contento por el satisfactorio resultado obtenido, que no acertó a ver la minúscula sombra que se movía a pocos pasos de él, tras un muro salpicado de celdillas rectangulares a semejanza de los panales de miel. Lógicamente no podía saberlo; pero se trataba del multicontrol electrónico que accionaba las esclusas.

De pronto, inopinadamente, un hombrecillo apareció ante él como brotando del suelo mismo. Era tan menudo como los restantes habitantes de Venus. Le miró extrañado... ¡apuntándole al pecho con una pistola chata y cónica!

Ready frenó en seco y deseó que la tierra le tragase para ocultarle a la vista del inesperado testigo. Pero la tierra siguió firme. ¡Vaya contratiempo ahora que tenía resuelta la añagaza!

-«Mmmmgggsss...» -gruñó.

No vestía de azul, y, aunque esgrimía el mismo tipo de arma paralizante, el joven comprendió en seguida que no pertenecía a la policía. Algún vigilante, se dijo. El venusiano, repuesto de la sorpresa, levantó la pistola para centrar el disparo en la desprotegida cabeza. Entonces, providencialmente, a Melinda Kingman se le ocurrió proferir el horrorizado alarido.

-¡No le mate! ¡Somos inocentes!

El enloquecido grito desconcertó al hombrecillo. No se trataba de un gigantesco intruso filtrado en los submuelles... ¡sino de dos!

Había otro extranjero de tan monstruoso tamaño como el que tenía delante amparado en la semioscuridad de las paredes de contención. Para comprobarlo, tuvo que volver el rostro y dirigir una rápida mirada a su espalda. Fue suficiente para Ready.

Disparando la pierna izquierda, propinó un doloroso puntapié en la

mano del venusiano, obligándole a abrirla y soltar el arma, que describió una ancha parábola por los aires antes de rebotar a poca distancia de donde se hallaba Melinda.

La dureza del impacto hizo que se tambaleara. Ready, saltando sobre él, le atrapó por la cintura antes de que tuviese tiempo de improvisar la más elemental defensa. Su pequeña talla y el reducido peso permitieron que el terrícola lo alzase en vilo sin aparente esfuerzo. ¡Como una pluma!

-¡«Kpppttt...!» -tartajeó en el paroxismo del espanto.

-Lo siento, amigo -rezongó Ready-. Pero ha sonado... ¡la hora del baño!

Giró sobre los tacones y lo proyectó hacia adelante con el vigoroso impulso de un potente lazador de martillo. El cuerpecillo cruzó el espacio agitando brazos y piernas, desapareciendo tras el borde del embarcadero.

Un crujido sordo, al que siguió un chapoteo blando, demostró que el humano cohete había chocado primero con algo sólido -la cubierta de alguna embarcación, imaginó Ready- cayendo seguidamente al agua, donde se sumergió con fofo burbujeo. Lo lamentaba, porque no fue su intención eliminarlo fatalmente. ¡Pero estaba en jaque su vida y la de Melinda!

-¡Ready! -sollozó ella precipitándose a su encuentro.

-Bueno, pequeña... -tranquilizó el hombre acunándola en sus poderosos brazos-. Ya pasó.

-He... he tenido tanto miedo. Después de esto...

-¡Silencio! -Ready la arrastró de nuevo hacia la oscuridad protectora-. ¡Están ahí! Míralos.

En efecto. Una tropa compuesta por quince o veinte hombrecillos acababa de descender la rampa cristalina y se desparramaron abiertamente por el terreno del embarcadero. ¡Los soldaditos azules! Medio minuto antes... ¡y los habrían descubierto sin remisión!

Como Ready esperaba, la alborotada conversación cesó al instante y se detuvieron a prestar atención. Lejano, perdido en la profundidad del canal, aunque perfectamente audible... ¡zumbaba el motor del navío sin tripulantes!

Una gran confusión se originó entre ellos. Varios, actuando con el torpe apresuramiento que permitía sus cortas piernas, utilizaron una escalera para descender al muelle cercano y ocupar una especie de chato lanchón. Se proponían seguir a los evadidos por el único camino que la treta les hacía suponer.

Una pareja de ellos, sin embargo, plantó en el suelo un alargado objeto de forma cúbica. El destello parpadeante de microrresistencias evidenció que acababan de ponerlo en funcionamiento. Desde el penumbroso rincón que Melinda y Ready ocupaban eran claramente visibles los centelleos pálidos. ¿Una emisora? Muy probable.

Comunicarían a sus jefes lo sucedido y, tal vez, pedirían refuerzos o

solicitarían que fuese taponada la salida del canal. En realidad la idea -habiendo caído en el cebo- resultaba excelente y permitiría desviar su atención lo bastante para que los fugitivos intentasen escapar de los submuelles sin ser molestados.

-Lo han creído, Ready -musitó la muchacha en la obscuridad.

-Sí. Lo cual no deja de ser una ventaja afortunada. Acababan de poner el lanchón en marcha y los restantes se disponían a imitarles. Únicamente va a quedar esa solitaria pareja en el muelle...

-¿Qué nueva temeridad se te ha ocurrido ahora?

-Ninguna -sonrió Ready-. Descuida. Pienso dejarles transmitir a su antojo... mientras nosotros volamos lejos de aquí. No entiendo bien lo que sucede en estas solitarias instalaciones, pero tal vez no se trate de un puerto como nosotros suponemos. Ello no me preocupa. Todo nos es propicio -se agachó y recogió un pequeño objeto de material liviano-. Hasta poseemos un arma -añadió, mostrándole la pistola del infortunado vigilante-. Tal vez haya ocasión de emplearla más adelante.

La guardó en un bolsillo de la americana. Las dos embarcaciones hendían las aguas rápidamente, esparciendo los ecos fuertes de sus motores y nimbando de espuma la doble estela que se alejaba recta al canal.

La mano de Ready se cerró en torno al brazo de Melinda. Ella parpadeó y le miró anhelosamente a los ojos.

-Andando -dijo Ready-. Los dos venusianos están demasiado ocupados con su aparato para que nos presten atención. Busquemos una salida.

-¿Crees que la habrá?

-Empiezo a ver las cosas de otro color. ¿No es maravilloso? Hace menos de una hora nos hallábamos prisioneros y encerrados en una celda extraordinaria. Mi proyecto de evasión parecía descabellado y no dábamos ni dos centavos por nuestra vida. Sin embargo, logramos deshacernos de los vigilantes y obligar a seguir una pista engañosa a los policías. Ahora, libres y dueños de nuestros actos, podemos deambular al amparo de las sombras. Sonríe, Mel. Cada vez estamos más cerca del objetivo.

-¿Cuál es el objetivo, querido?

-No me tomes por soberbio; pero el objetivo... es regresar a la Tierra.

-¿De qué forma?

-Ahí radica lo más... lo más emocionante del asunto. ¡Que me frían si lo sé!

Avanzaban rozando la altísima pared, que parecía interminable. Los muelles o pequeños embarcaderos se sucedían sin interrupción. Pero no en todos ellos se balanceaban embarcaciones chatas y planas.

El lugar que recorrían seguía siendo un enigma para Ready, especialmente debido a la inexplicable soledad. ¿Acaso era un sitio prohibido para la población civil? Resultaba bastante verosímil la pregunta,

puesto que al salir del elevador el camino llevaba directamente allí. Sin duda, era zona policial, y a ello obedecía que no se tropezasen con otras criaturas.

Anduvieron de un rincón a otro, siempre enmascarados por las tinieblas, por espacio de una larga hora. Melinda empezaba a demostrar síntomas de fatiga y Ready le ordenó que volviese a calzarse los zapatos. Así lo hizo, con lo cual halló considerable alivio.

El panorama iba variando a medida que se internaban por el área ribereña del canal. Vieron torretas. Complicados tinglados de tubos parecidos al oro -¿«venusio» tal vez?- y terrenos amplios vacíos, que en nada recordaban a los astilleros o naves portuarias para mercancías.

Algo más tarde, al doblar un recodo, Ready descubrió una escala tan incongruente en aquel mundo inconcebible como una florida margarita dentro de un bloque de hielo ártico.

Constituían los peldaños simples y toscas muescas perforadas en la pared. Una barra enmohecida, sujeta a ella por brazaletes, oficiaba de pasamanos, Al mirar hacia arriba, buscando el destino, localizaron un orificio circular, un vulgar agujero, en derredor del cual resaltaban gruesas tuberías.

-¿Qué puede ser?

-Lo ignoro, Mel... pero ese agujero del techo me seduce. ¿Te atreves a trepar?

-Iré donde tú vayas. Ya lo sabes.

-Entonces... ¡vamos arriba! A lo mejor se trata de una salida.

No. No era una salida. La ascensión se hizo penosa y lenta, puesto que la barra se hallaba en mal estado y respecto a los escalones -las toscas muescas- el uso los había afilado igual que sometidos al roce del esmeril. Una trampilla enrejada, que accionaron desde dentro, les permitió pasar a un túnel obscuro, rezumante de humedad, recorrido por tuberías laterales.

-Parece algún conducto de agua -monologó Ready-. Mal asunto. Acaso vayamos a dar de narices con las cloacas.

-¿Eso supones?

No lograban verse el rostro en la oscuridad y aquello contribuía a prestar un siniestro clima a la situación. Desde luego, y pese a la sospecha, Ready mostróse partidario de continuar por el túnel, ya que descender la terrorífica escala no poseía atractivos. Así se lo dijo a Melinda, que aceptó, como siempre, su decisión.

En el túnel permanecieron cerca de dos eternas horas. Lo recorrieron en silencio, sintiendo la escasez del aire y la lóbrega humedad que se desprendía de las tuberías. La salida ofrecióse, inopinadamente y de forma sorpresiva.

Era un embalse largo y crecido, donde chorreaba el baboso contenido

de las tuberías. Adoptaron infinitas precauciones antes de decidirse a abandonar el túnel; aunque tampoco vieron ningún ser vivo en derredor. Aquella parte de la ciudad parecía apestada y, en consecuencia, olvidada de todos.

Rodearon el embalse por su borde, cogidos de la mano, haciendo visibles equilibrios para no resbalar y precipitarse dentro de la viscosa masa. El olor, sin embargo, no era el propio de los vertederos. Se advertía un fuerte tono ferruginoso, de óxido; aunque no producía náuseas. Ello les hizo pensar en tuberías de oleoducto. Acaso lo que consideraban agua sucia era un extraño e ignorado combustible.

Después de franquear el embalse, tomaron por un corredor débilmente alumbrado. Allí fue, precisamente, donde encontraron la primera señal de vida. ¡Estaban descubiertos!

-Os esperaba, extranjeros -dijo una voz cascada, con acento irregular, surgiendo de algún lugar que ellos no alcanzaban a ver.

Ready se detuvo con brusquedad, paralizado de asombro, y giró los ojos en todas direcciones. La pistola chata había aparecido en su mano como por arte de encantamiento, y el cónico cañón buscaba al autor de la voz con asesina prisa. Melinda, presa de un sobresalto extraordinario, acusó la impresión y tuvo que hacer un violento esfuerzo para sofocar su grito de horror. ¡Vano intento por escapar! ¡Cazados!

-No voy a causaros daño -siguió la voz, reposada-. Ya he dicho que os esperaba. Guarda la electropistola, extranjero. Soy tu amigo.

-¡Salga de su escondrijo y dé la cara! -barbotó Ready.

-No grites -aconsejó-. Podrían descubrirnos. Por estos lugares no verás seres inteligentes; pero existen registros vibrátiles distribuidos en diversos lugares que darán la alarma si captan sonidos anormales.

-Registros vibrátiles -murmuró el terrestre-. ¡Inaudito!

-Sí. Tu estratagema desorientó momentáneamente a los servidores de Su Dignidad, que aún deben estar recorriendo inútilmente el canal -rió con cierta mordacidad-. Yo fui más listo que ellos.

-¿Por eso nos localizó?

-Por eso... y algo más. Había tomado mis medidas hace tiempo. Os inyecté una droga que... Bueno; que me ha servido para encontraros. Sabía que intentarías escapar, extranjero.

-¿Cómo habla mi idioma?

-Lo estudié... gracias a tu mente. ¿No te lo explicó el superdotado Mwesk? Te sometimos a un registro exploroencefálico, ¿recuerdas? Yo presencié el tratamiento y pude asimilar el idioma al mismo tiempo que Su Dignidad. Guarda la electropistola -insistió-. Estoy faltando a mi deber y eso demuestra mis nobles intenciones hacia ti. Si rechazas la mano que te tiendo, no tardarás en ser atrapado; porque los registros vibrátiles delatarán

tu situación.

-¿Dónde se esconde? ¡Quiero verle!

-No exijas, extranjero. Ruega. Soy amigo... pero no esclavo. Con armas de por medio no habrá forma de entendernos.

Melinda temblaba de pies a cabeza. Se aferraba a Ready con frenética desesperación, tremendamente necesitada de su amparo. El joven, sopesando las posibilidades, mascculló algo entre dientes y devolvió la pistola al bolsillo.

Al instante, «como brotado de la nada», una figurilla raquítica y encorvada se materializó ante ellos. Estaba allí. Delante. ¡Pero no lo habían visto! Acababa de tomar cuerpo «del aire mismo».

-No te asombres. Es un proceso óptico. Ya lo sabrás después... por propia experiencia.

Pequeño, enclenque, contrahecho. Un venusiano de rostro tan surcado de arrugas como el de una antiquísima momia faraónica. Y cubierto por amplia túnica púrpura. Su cara no resultaba grata. Hasta la perenne sonrisita que curvaba sus labios descoloridos poseía algo de reptilesco y siniestro,

-¿Quién es usted? -quiso saber Ready.

-Un amigo. Mi nombre es Gmano -sonrió de nuevo, arrastrando el sonido pausadamente- Además, en estos momentos, soy el único habitante del planeta capaz de arriesgar su vida por ayudarte...

Los dos terrestres le miraron largamente. Un escalofrío recorrió la espalda de Melinda, y Ready la abrazó con más fuerza, protector. Sólo entonces, en el colmo de su estupor, descubrieron la esfera rezogante y pesada que el tal Gmano sostenía en su diestra.

Parecía totalmente fabricada con mercurio sólido. Aquel aparatito se llamaba «piloxón». E iba a resultarles muy útil en su intrincada aventura venusiana. No tardarían en saberlo.

FIN DEL TOMO

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE

son conocidas por todos los buenos catadore
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACIO
SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta clase de aventuras
con ilustraciones

RECOMIENDELA

al chico que desee
pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTA
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H. White.*
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*
71.—Heredo un mundo, *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur.*
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling.*
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.*
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice.*
81.—«Ellos» están aquí, *George H. White.*
82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley.*
83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley.*
84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling.*
85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.*
86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters.*
87.—El mundo perdido, *Larry Winters.*
88.—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley.*
89.—El hombre de ayer, *Profesor Hasley.*
90.—Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling.*
91.—La muerte flota en el vacío, *C. Aubrey Rice.*
92.—Cuarta dimensión, *Profesor Hasley.*
93.—¡¡Luz sólida!!, *George H. White.*
94.—Hombres de Titanio, *George H. White.*
95.—¡Ha muerto el sol!, *George H. White.*
96.—Exilados de la Tierra, *George H. White.*
97.—El imperio milenario, *George H. White.*
98.—Topo-K, *Profesor Hasley.*
99.—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley.*
100.—Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice.*
101.—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'hara.*
102.—El gran fin, *J. Negri O'hara.*
103.—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.*
104.—El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasley.*
105.—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice.*
106.—Acción inaudita, *C. Aubrey Rice.*

107.—El horror invisible, *Karel Sterling.*
108.—Más allá de Plutón, *Profesor Hasley.*
109.—La revancha de Zamok, *Profesor Hasley.*
110.—Situación desesperada, *C. Aubrey Rice*
111.—El experimento del Lr. Kellman, *J. Negri O'hara.*
112.—Los habitantes del astro sintético, *Eduardo Teixeira.*
113.—Los muertos atacan, *Profesor Hasley.*
114.—La última batalla, *Prof. Hasley*
115.—1958: Objetivo Luna, *Karel Sterling.*
116.—La amenaza de Andrómeda, *Robin Carol.*
117.—El silencio de Hellón, *Robin Carol*
118.—Ventana al infinito, *J. Negri O'hara*
119.—El Planeta errante, *Karel Sterling*
120.—Regreso a la patria, *George H White.*
121.—Lucha a muerte, *George H White.*
122.—«Cautivos del Espacio», *Joe Bennett.*
123.—Vacío siniestro, *Joe Bennett.*
124.—Detrás del Universo, *Karel Sterling.*
125.—¡Karima!, *Prof. Hasley.*
126.—El bosque petrificado, *Prof. Hasley.*
127.—Energía «Z», *Prof. Hasley.*
128.—Fantasmas siderales, *Karel Sterling.*
129.—El túnel trasatlántico, *Prof. Hasley.*
130.—El mundo subterráneo, *Prof. Hasley.*
131.—Entre Marte y Júpiter, *Joe Bennet.*
132.—Separación Asteroidal, *Joe Bennet.*
133.—Náufragos del Universo, *Joe Bennet.*
134.—La isla de otro mundo, *Eduardo Texeira.*
135.—El tiempo desintegrado, *Karel Sterling.*
136.—El conquistador del mundo, *Prof. Hasley.*
137.—El ejército sin alma, *Prof. Hasley.*
138.—Mensajes de muerte, *Karel Sterling.*
139.—Motín robótico, *Joe Bennett.*
140.—Cita en la Luna, *Van S. Smith.*
141.—Misterio en la Antártida, *Larry Winters.*
142.—Cosmoville, *Joe Bennett.*
143.—Ataúdes blancos de Oberón, *Karel Sterling.*
144.—Nosotros los marcianos, *Karel Sterling.*
145.—El doble fatal, *Joe Bennet.*
146.—La ruta perdida, *Karel Sterling.*
147.—Embajador en Venus, *Van S. Smith.*
148.—El astro prohibido, *Joe Bennett.*
149.—Niebla alucinante, *C. Aubrey Rice.*
150.—La hierba del cielo, *Joe Bennett.*
151.—¡Nos han robado la Luna!, *Joe Bennett.*
152.—Rutas ignoradas, *J. Negri O'Hara.*
154.—La Diosa de Venusio, *Joe Bennett.*
153.—Un cadáver en el aerolito, *Henry Keystone.*

154

¡YA SABEMOS QUE TIENE LA BOCA HECHA AGUA DE EMOCION!

¿Qué les ocurrirá a los terrestres?
¿Escaparán con vida de la peligrosa aventura?
¿Qué horrores los aguardan estando a merced del tortuoso Gmano?

CONDENADOS A MORIR

¡Este es el título que responderá a sus preguntas, amigos! Una supernovela de fantasía científica que enriquecerá su biblioteca, escrita en exclusiva por un autor maestro de intrigas y sorpresas,

JOE BENNETT

Si quiere gozar lo indecible, temblar de pura excitación, no se duerma en los laureles y encargue con tiempo su ejemplar.
¡Algo todavía más fantástico de lo que ya lleva leído!

CONDENADOS A MORIR

pone un digno remate a la novela de dos terrestres teleportados a Venus. Recuerde algo importante: Será publicada próximamente por la serie que no admite comparaciones. Otro éxito editorial de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas*

Notas

[←1]

Cinco bolas amarillas es el distintivo de las casas de empeño norteamericanas.

[←2]

Vulgarmente, agua pesada.